



La cuestión social bajo el escenario covid-19 en América Latina

Diagnóstico de situación
socioeconómica y ambiental
en América Latina y el Caribe

CENTRO DE GESTIÓN DE CONOCIMIENTO
OBSERVATORIO SOCIO-ANTROPOLÓGICO PASTORAL

Colección Documentos Celam para el Debate

No. 01



La cuestión social **bajo el escenario covid-19** **en América Latina**

Diagnóstico de situación
socioeconómica y ambiental
en América Latina y el Caribe

CENTRO DE GESTIÓN DE CONOCIMIENTO
OBSERVATORIO SOCIO-ANTROPOLÓGICO PASTORAL

Primera edición, Bogotá, D.C., mayo de 2020

Editorial CELAM

Carrera 5 N.º 118-31
PBX: (571) 587 97 10, ext. 307 - 345 y 351
editora@celam.org

Presidente del CELAM

Mons. Miguel Cabrejos Vidarte, OFM
Arzobispo de Trujillo, Perú

1er Vicepresidente del CELAM

Card. Odilo Pedro Scherer
Arzobispo de São Paulo, Brasil

2do Vicepresidente del CELAM

Card. Leopoldo José Brenes
Arzobispo de Managua, Nicaragua

Presidente del Consejo de Asuntos Económicos

Mons. Rogelio Cabrera López
Arzobispo de Monterrey, México

Secretario General

Mons. Jorge Eduardo Lozano
Arzobispo de San Juan de Cuyo, Argentina

Secretario General Adjunto

Pbro. David Jasso
Arquidiócesis de Monterrey, México

Director del proyecto

Dr. Agustín Salvia

Compiladores

Dr. Agustín Salvia y Victoria Taboada
Red de Observatorios de la Deuda Social de América Latina y Caribe (RedODSAL)
Organización de Universidades Católicas de América Latina y el Caribe (Oducal)

Dirección editorial

Dr. Fernando Vásquez Rodríguez y Dr. Óscar Elizalde Prada

Coordinación editorial

Sra. Deisy Mendoza Sánchez

Colaboradores

Mons. Jaime Mancera Casas y Dra. María del Pilar Silveira
Equipo de Reflexión Teológico Pastoral del CELAM

Corrector de estilo

Julio Eduardo Mateus

Diseño y diagramación

Henry Alexander Ruiz A

Consejo del Centro de Gestión del Conocimiento del CELAM

Card. Oscar Andrés Rodríguez (Coordinador) • Mons. Jaime Calderón (subcoordinador) • Card. Odilio Scherer • Mons. Jorge Eduardo Lozano
Mons. Pedro Ossandon • Mons. Pierre André Dumas • Mons. Jaime Mancera • Mons. José Dolores Gullón • Pbro. David Solano
Pbro. Enrique Quiroga • Pbro. Peter Hughes • Hna. Maricarmen Bracamonte • Dra. Waleska Sanabria • Dra. María Clara Bingemar
Dr. Rodrigo Guerra • Dr. Adrián Arias • Dr. Juan Esteban Belderraín • Dr. Juan Carlos Nuñez.

Equipo del Centro de Gestión del Conocimiento

Mg. Guillermo Sandoval (Director interino) • Dr. Agustín Salvia (Coordinador Área Observatorio Socio-Antropológico Pastoral)
Mg. Francisco Campos (Coordinación Área Conocimiento Compartido).

Con las debidas licencias eclesíásticas. Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte por cualquier medio sin el permiso previo por escrito del CELAM.

© Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM

Carrera 5 N.º 118-31
Apartado Aéreo 51086
Tel.: (571) 587 97 10
Fax: (571) 587 97 17
celam@celam.org

Tabla de contenidos

Presentación	9
---------------------------	---

Parte I: América Latina y El Caribe inmersa en el escenario covid-19

Nuestras Deudas Sociales

A. Necesidad de ocuparse de problemas estructurales agravados.....	11
B. Necesidad de una ecología humana integral para un buen vivir sostenible	13
C. Necesidad de una cultura del encuentro	15

Resumen General	19
------------------------------	----

1. Sueño Ecológico (Aspectos que lo afectan)

Economía, trabajo digno y protección social	19
Medioambiente y cambio climático	21
Salud y el sistema de salud	22

2. Sueño Social (Aspectos que lo afectan)

Desigualdad, pobreza y desamparo social	23
Marginalidad, exclusión y segregación social	24
Los nuevos descartados sociales	25
Situación de las infancias y las adolescencias	26

3. Sueño Cultural (Aspectos que lo afectan)

Paz social, democracia y derechos humanos	28
Cambios sociales en las relaciones familiares, de género y generacionales	30

Parte II: Aporte Teológico-Pastoral

Introducción	32
La experiencia de la fragilidad humana	33
La experiencia de la presencia salvífica del resucitado	34
la iglesia y su servicio al mundo contemporáneo	35
Horizontes y claves para la acción	37
Llamados a promover la fraternidad universal y la amistad social en nuestra casa común	38
Llamados a promover la cultura del encuentro en medio de los conflictos	39
Llamados a ser artesanos de la paz uniendo esfuerzos con otros	40
Llamados a promover una política de hermandad, responsable, solidaria, amiga de los pobres	41
Llamados a promover un nuevo pacto educativo para un humanismo solidario	42
Para continuar el diálogo	43

El Centro de Gestión del Conocimiento agradece la participación de la Red de Observatorios de la Deuda Social de América Latina (Red Odsal), en especial la particular colaboración de Victoria Taboada, miembro del Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina, en la compilación e integración de la información presentada en este documento. Asimismo, se agradece el aporte teológico-pastoral realizado por Jaime Mancera Casas y María del Pilar Silveira, integrantes del Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral del Celam.

La Universidad Católica, como cualquier otra universidad, está inmersa en la sociedad humana. Para llevar a cabo su servicio a la Iglesia está llamada — siempre en el ámbito de su competencia— a ser instrumento cada vez más eficaz de progreso cultural tanto para las personas como para la sociedad.

Sus actividades de investigación incluirán, por tanto, el estudio de los graves problemas contemporáneos, tales como la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional.

La investigación universitaria se deberá orientar a estudiar en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas. Si es necesario, la Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad.

(Constitución apostólica Ex Corde Ecclesiae de Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre las universidades católicas, 15 de agosto de 1990).





Presentación

No se trata solo de vencer al hambre, ni siquiera de hacer retroceder la pobreza. El combate contra la miseria, urgente y necesario, es insuficiente. Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de las servidumbres que le vienen de parte de los hombres y de una naturaleza insuficientemente dominada; un mundo donde la libertad no sea una palabra.

Paulo VI (pp.47), 1967

El panorama social que presenta el continente latinoamericano nos permite advertir que, no obstante el cúmulo de bienes que la Providencia ha depositado en él para beneficio de sus pobladores, no todos disfrutaban efectivamente de tan rico tesoro, ya que muchos de sus habitantes —especialmente entre los trabajadores del campo y la ciudad— viven todavía en una situación angustiosa.

I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Río de Janeiro, 1955

América Latina parece que vive aún bajo el signo trágico del subdesarrollo, que no solo aparta a nuestros hermanos del goce de los bienes materiales, sino de su misma realización humana. Pese a los esfuerzos que se efectúan, se conjugan el hambre y la miseria, las enfermedades de tipo masivo y la mortalidad infantil, el analfabetismo y la marginalidad, profundas desigualdades en los ingresos y tensiones entre las clases sociales, brotes de violencia y escasa participación del pueblo en la gestión del bien común.

II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Medellín, 1968

El amor de Dios, que nos dignifica radicalmente, se vuelve por necesidad comunión de amor con los demás hombres y participación fraterna; para nosotros, hoy, debe volverse particularmente obra de justicia para los oprimidos, esfuerzo de liberación para quienes más la necesitan. En efecto, «nadie puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama al hermano a quien ve» (1Jn 4,20). Con todo, la comunión y participación verdaderas solo pueden existir en esta vida proyectadas sobre el plano muy concreto de las realidades temporales, de modo que el dominio, uso y transformación de los bienes de la tierra, de la cultura, de la ciencia y de la técnica, vayan realizándose en un justo y fraternal señorío del hombre sobre el mundo, teniendo en cuenta el respeto de la ecología.

III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 327. Puebla, 1979

Reconocemos la dramática situación en que el pecado coloca al hombre. Porque el hombre creado bueno, a imagen del mismo Dios, Señor responsable de la creación, al pecar ha quedado enemistado con Él, dividido en sí mismo, ha roto la solidaridad con el prójimo y destruido la armonía de la naturaleza. Ahí reconocemos el origen de los males individuales y colectivos que lamentamos en América Latina: las guerras, el terrorismo, la droga, la miseria, las opresiones e injusticias, la mentira institucionalizada, la marginación de grupos étnicos, la corrupción, los ataques a la familia, el abandono de los niños y ancianos, las campañas contra la vida, el aborto, la instrumentalización de la mujer, la depredación del medioambiente, en fin, todo lo que caracteriza una cultura de muerte.

IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 9. Santo Domingo, 1992

Conducida por una tendencia que privilegia el lucro y estimula la competencia, la globalización sigue una dinámica de concentración de poder y de riquezas en manos de pocos, no solo de los recursos físicos y monetarios, sino sobre todo de la información y de los recursos humanos, lo que produce la exclusión de todos aquellos no suficientemente capacitados e informados, aumentando las desigualdades que marcan tristemente nuestro continente y que mantienen en la pobreza a una multitud de personas... (62). Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos. Igualmente, se requieren nuevas estructuras que promuevan una auténtica convivencia humana, que impidan la prepotencia de algunos y faciliten el diálogo constructivo para los necesarios consensos sociales (374).

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 62, 374. Aparecida, 2007

Predicar y propiciar la urgencia de cambios estructurales profundos en lo político y social del país, es otra contribución de la misión pastoral de la Iglesia. Porque cree sinceramente que, sin tales cambios, quedan siempre raíces estructurales de todo nuestro malestar y que la liberación integral de los salvadoreños, además de su conversión personal, exige un profundo cambio de nuestro sistema social, político y económico [...] La Iglesia, por tanto, siente que no es un delito, sino al contrario, un deber; alentar y orientar a los cristianos que tienen capacidad para organizarse desde el pueblo y para el pueblo. En fuerza de ese mismo deber, también denuncia el pecado de las organizaciones que absolutizan lo político y así impiden el desarrollo pleno de la persona y el respeto a los valores cristianos que fueron la inspiración de muchos “organizados”.

San Oscar Romero. 4.ª Carta pastoral, 1979.

Las sociedades latinoamericanas acarrean problemas estructurales desde hace décadas: campesinos sin tierra, familias sin techo, trabajadores sin derechos, personas con su dignidad atropellada. Hoy es necesario un cambio de estructuras, porque el sistema social ya no es sostenible. Francisco nos habla de la necesidad de globalizar la esperanza en contraste con la globalización de la exclusión, poniéndole fin a la desigualdad y al modelo de descarté. Pero una transformación estructural de este tipo comienza con un cambio de mentalidad: es necesario abandonar la lógica de la acumulación y avanzar hacia una correcta administración de la casa común. Es primordial que los Estados y sus gobernantes logren garantizar, para todos sus habitantes, un “buen vivir”, bajo el principio del “bien común”: «las tres T» (trabajo, tierra, techo), así como también el acceso a la educación, la salud, la innovación, las manifestaciones artísticas y culturales, la comunicación, el deporte y la recreación¹.

¹ Francisco (2015). *Discurso del Santo Padre en el II Encuentro Mundial de los Movimientos Populares. Santa Cruz de la Sierra. 2015.*

Transformar la realidad social con la fuerza del Evangelio en el cual Jesús mismo se identifica con los hambrientos, sedientos, migrantes, sin techo (Mateo 25, 35). Asumir esta enseñanza tan radical, sigue siendo el horizonte de mujeres y hombres fieles a Jesucristo, al inicio del tercer milenio de la era cristiana. El anuncio de la «buena nueva» de salvación, de amor, de justicia y de paz, no siempre encuentra fácil acogida en el mundo actual; tampoco en nuestro continente, devastado por enfermedades, guerras, miseria e injusticias. En este contexto, estamos convencidos de que los estudios sociales sistemáticos habrán de ayudar a la Iglesia latinoamericana a comprender los signos de los tiempos y a dar respuesta a los problemas y exigencias de nuestra época. De este modo “la comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias...tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo” (EG 24)

La necesidad de disponer de un reconocimiento profundo de la realidad económica, política y cultural, para hacer desde ahí las opciones políticas y estratégicas que le exige este caminar transformador, hace indispensable el acercamiento de nuestra Iglesia a las ciencias sociales y humanas, teniendo en cuenta

que el saber científico-técnico —incluyendo el de las ciencias sociales— tienen una clara misión de servicio siguiendo nuestra doctrina social:

Los nuevos conocimientos técnicos y científicos deben ponerse al servicio de las necesidades primarias del hombre, para que pueda aumentarse gradualmente el patrimonio común de la humanidad. La plena actuación del principio del destino universal de los bienes requiere, por tanto, acciones a nivel internacional e iniciativas programadas por parte de todos los países: «Hay que romper las barreras y los monopolios que dejan a tantos pueblos al margen del desarrollo, y asegurar a todos —individuos y Naciones— las condiciones básicas que permitan participar en dicho desarrollo». Juan Pablo II, Carta enc. [Centesimus annus], 35: AAS 83 (1991) 837.

El papa Francisco nos lo ha dicho de esta manera: “el campo científico es parte de la sociedad y no debe considerarse separada e independiente, sino que está llamada a servir a la familia humana y su desarrollo integral”. A partir de ello, ha expresado su deseo que la producción de saberes beneficie a todos, para que “los pueblos de la tierra sean alimentados, calmada su sed, curados y educados; que la política y la economía de los pueblos dibujen las indicaciones para proceder con mayor certeza hacia el bien común, en beneficio especialmente de los pobres y necesitados, y hacia el respeto por el planeta”².

Como peregrinos de esta misión, a la vez que activos miembros de nuestras sociedades, estamos llamados a servir a nuestro pueblo y a su desarrollo integral a través de la investigación de la realidad social de nuestra región. Dicha investigación apunta

² Francisco (2018). Discurso del papa Francisco a los científicos de la Pontificia Academia de las Ciencias, Ciudad del Vaticano, 12 noviembre de 2018. <https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2018-11/papa-francisco-discurso-academia-pontificia-ciencias-plenaria.html>

a reconocer y dilucidar los padecimientos, las injusticias, las fortalezas y las esperanzas de nuestro pueblo. Los frutos de esta misión de servicio son innumerables, tanto para nuestra Iglesia como para el conjunto de nuestros pueblos latinoamericanos. Nuestra labor se nutre de los sueños del pueblo de Dios, y asume especial compromiso con los valores y bienes fundamentales que son la base de las relaciones entre los pueblos, la sociedad y la ciencia.

De esta manera, contando con el valioso trabajo de expertos del campo científico humanista, comprometidos en dar cuenta de las deudas sociales que atraviesan al Continente, y sin la pretensión de hacer un análisis exhaustivo de los procesos socioeconómicos, político-institucionales y socioculturales presentes, ofrecemos a través de este estudio una caracterización de tendencias y situaciones significativas que inciden en nuestras sociedades y comprometen al quehacer de la Iglesia latinoamericana. Reconocemos que “a veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor” (EG 270).

En estas situaciones, afectadas de múltiples formas por la pandemia de la Covid-19 y los cambios mundiales, palpamos signos de la presencia y de los planes de Dios en nuestra historia, que nos llevan a valorar la ruta que procura seguir el nuevo quehacer del Celam:

Deseamos considerar algunas grandes tendencias que se vislumbran en nuestro continente y, al mismo tiempo, reconocer matices propios de cada región, cada país y cada Iglesia local. Intentamos hacerlo con una mirada analítica y una actitud crítica ante los frecuentes y acelerados cambios que atraviesan la realidad social y eclesial. Al mismo tiempo, es importante tomar conciencia de que el cambio de época muestra un mundo en el cual las diferentes realidades están conectadas y donde los progresos y los desaciertos interactúan en distintas dimensiones, tiempos y espacios de vida. [Doc. R y R. Celam, versión del 13 de abril 2021].

En este marco, nos motiva el discernimiento de los signos de los tiempos que envuelven a la región, pero con un compromiso práctico; en cuanto a sus implicaciones económicas, sociales, políticas y culturales, ver, escuchar y entender desde una actitud crítica las realidades que experimentan nuestras sociedades con el fin de actuar en clave para una transformación estructural al servicio del desarrollo humano integral y el cuidado de la casa común. Al hacerlo de este modo nos sentimos parte del proceso de conversión decididamente misionera que está viviendo la Iglesia latinoamericana, inspirada por los documentos desde Medellín a Aparecida, y, sobre todo en los últimos tiempos, recogiendo los aportes del magisterio del papa Francisco, particularmente sus documentos ‘Querida Amazonía’, ‘Laudato sí’ y ‘Fratelli Tutti’.

En este sentido, el presente documento examina la realidad de América Latina y el Caribe, recogiendo y extendiendo para toda nuestra región tres de los cuatros sueños del papa Francisco hacia nuestra Amazonía: i) el “Sueño Ecológico”, a partir del cual el papa destaca la importancia de rescatar, custodiar y desarrollar la abrumadora hermosura natural de la casa común; ii) el “Sueño Social”, a partir del cual nos interpela a luchar por los derechos de los más pobres, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida; iii) el “Sueño Cultural”, a partir del cual el papa sueña con una sociedad que preserve la riqueza cultural, donde brille y progrese la diversidad de las bellas formas humanas.

La existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Según la Biblia, las tres relaciones vitales se han roto, no solo externamente, sino también dentro de nosotros. Esta ruptura es el pecado (LS 66). El ser humano es todavía capaz de intervenir positivamente (LS 58); no todo está perdido, porque los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, pueden también superarse, volver a elegir el bien y regenerarse (LS 205). [Francisco I, Carta enc. Laudato Si’, 58, 66, 205 (2015)].

La pandemia está transformando la compleja realidad de nuestras sociedades, y aún no se han manifestado plenamente los cambios que experimentará la región, así como el mundo entero, todo interconectado. La crisis nos deja ver que no necesariamente dichos cambios harán un mundo mejor, si es que no estamos preparados para ver, juzgar y actuar de manera acertada. Es urgente diseñar estrategias en favor de los grupos más vulnerables, sobre quienes recae el riesgo de una grave crisis humanitaria.

Mons. Jorge Lozano
Arzobispo de San Juan de Cuyo
Secretario General del Celam



Nuestras Deudas Sociales

A. Necesidad de ocuparse de problemas estructurales agravados

Llegados a este punto podemos preguntarnos: ¿Cómo puede contribuir la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos, y responder al gran desafío de la pobreza y de la miseria? Los problemas de América Latina y del Caribe, así como del mundo de hoy, son múltiples y complejos, y no se pueden afrontar con programas generales. Sin embargo, la cuestión fundamental sobre el modo como la Iglesia, iluminada por la fe en Cristo, deba reaccionar ante estos desafíos, nos concierne a todos. En este contexto es inevitable hablar del problema de las estructuras, sobre todo de las que crean injusticia. En realidad, las estructuras justas son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad.

Discurso inaugural de Benedicto XVI, IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Aparecida, 2007.

Al aproximarnos al diagnóstico de la situación social actual que atraviesan los pueblos de América Latina y el Caribe, lo que primero aparece es la experiencia de la fragilidad humana en todos los niveles. Experiencia de fragilidad personal, ante la muerte de los seres queridos, los temores del contagio y la forma como se puede perder la vida tan fácilmente. Fragilidad en la capacidad para afrontar las dificultades y mantener la serenidad en medio de las adversidades, y el sentido de vida personal. Fragilidad en las relaciones interpersonales,

familiares y comunitarias. También se ha puesto en evidencia la fragilidad de las instituciones y en general del sistema de vida que llevamos.

Las sociedades latinoamericanas se desenvuelven en el campo económico-financiero multiplicando excluidos sociales y agotando las fuentes vitales que ofrece su naturaleza. Los países de América Latina y el Caribe enfrentan desafíos en diversas y complejas dimensiones políticas y sociales, tanto para responder a la pandemia, como para proyectar un cambio de rumbo postpandemia. Al igual que otras partes del mundo, la riqueza se concentra en manos de grandes poderes económicos, reinan la especulación y el rédito financiero, ignorando el contexto en el cual se desenvuelven y las consecuencias de sus acciones. El egoísmo de mercado genera daños a nuestro mundo aun mayores que los beneficios económicos, se pierde de vista la realidad de un mundo limitado y finito, donde lo frágil queda a merced de los intereses del mercado.

La propagación de la Covid-19 y sus efectos económicos, sociales, políticos y ambientales se ven agravados por los problemas estructurales de la región: principalmente, los elevados niveles de desigualdad, informalidad laboral, desprotección social, degradación ambiental, pobreza y vulnerabilidad. Asimismo, la región se caracteriza por poseer sistemas de salud y protección social débiles y fragmentados y asentamientos urbanos marginados en expansión carentes de acceso a servicios básicos. También presenta grandes flujos migratorios y desplazamientos de población, así como conflictos de diversa índole, y sufre de manera desproporcionada las consecuencias de la crisis climática.

La Covid-19 llega a una región marcada por una matriz de desigualdad social, cuyos ejes estructurantes —el estrato socioeconómico, el género, la etapa del ciclo de vida, la condición étnica, el territorio, la situación de discapacidad y el estatus migratorio, entre otros— generan escenarios de exclusión y discriminación múltiple y simultánea que redundan en una mayor vulnerabilidad ante los efectos sanitarios, sociales y económicos de esta enfermedad. En el ámbito de la salud, estas desigualdades se expresan en la cobertura, el acceso efectivo y los resultados de los servicios de salud, así como en las condiciones estructurales de salud de las personas y las comunidades.

Sin embargo, las desigualdades se ven frecuentemente ocultadas por problemas relacionados con la disponibilidad de información. Hacer visible la desigualdad en la respuesta a la pandemia es una labor clave para el ejercicio de la justicia social. En el contexto actual, y desde la perspectiva de los determinantes sociales de la salud, el deterioro de las condiciones económicas de los hogares, con el consiguiente aumento de la inseguridad alimentaria (FAO/Cepal, 2020), podría forjar un círculo vicioso de pobreza y mal estado de salud en el caso de amplios sectores de la población, lo que repercutirá en las sociedades a largo plazo.

En particular, en tiempos de crisis, los déficits de protección social pueden afectar de manera catastrófica el desarrollo integral de niños, niñas y adolescentes, con impactos críticos en el ejercicio de sus derechos y el desarrollo de capacidades humanas. A pesar de que no son los más afectados por la enfermedad en términos de salud, los niños, niñas, adolescentes y jóvenes serán quizás una de las principales víctimas de esta crisis, por las consecuencias que tendrán en ellos el cierre temporal de los establecimientos educacionales y la crisis económica y social que afecta a sus hogares.

Los efectos de la pandemia sobre las condiciones de vida de la población se potencian con el paulatino aumento de la pobreza y la pobreza extrema, y se hace más lento el ritmo de disminución de la desigualdad observada en el quinquenio previo a la crisis del coronavirus. Pese a los avances

alcanzados en lo que respecta a la reducción de la pobreza y la desigualdad y la expansión de los estratos de ingreso medio entre los años 2002 y 2014, antes de la pandemia, el progreso económico y social de la región ya mostraba señales claras de estancamiento, y crecía el descontento de la población. En el sexenio 2014-2019, el PIB de América Latina y el Caribe había crecido en promedio tan solo un 0,3% por año (Cepal, 2020a), generando un aumento de la indigencia, la pobreza y la desigualdad. Además, desde fines de 2019, la ciudadanía de varios países había expresado su malestar, descontento e insatisfacción con el sistema político y sus actores en grandes manifestaciones de protesta en las que se exigía mayor justicia social.

Los efectos de la pandemia de enfermedad por coronavirus (Covid-19) se han extendido a todos los ámbitos de la vida social de América Latina y el Caribe, alterando la manera en que nos relacionamos, paralizando las economías y generando cambios profundos en las sociedades. Si bien los alcances de la pandemia se encuentran en constante evolución, los datos disponibles indican que América Latina y el Caribe ha sido una de las regiones del mundo más afectadas por el coronavirus, en términos tanto de número de casos como de muertes. En 2020, en la región vivía solo el 8,4% de la población mundial; a diciembre de ese año, se concentraban en ella el 18,6% de los contagios acumulados de la Covid-19 y el 27,8% de las muertes causadas por esta enfermedad (Cepal, 2021)

En 2020, las proyecciones relativas a los indicadores económicos y sociales de América Latina y el Caribe muestran un escenario muy complejo, ligado a factores tanto internos como externos. Para frenar la propagación del coronavirus, evitar el desborde de los sistemas de salud y reducir las pérdidas humanas, los Gobiernos han adoptado medidas de cuarentena y distanciamiento físico. En muchos casos se ha recurrido al confinamiento de la población en sus hogares como forma de minimizar los contactos, especialmente aquellos que pudieran producirse a escasa distancia o en ambientes cerrados, lo cual se ha demostrado que incrementa las probabilidades de contraer el virus (Cepal, 2020b).

Por lo tanto, sectores enteros de la economía han visto su actividad mermada o temporalmente reducida a cero, según la rigidez de las medidas adoptadas. Por otra parte, se produjo una fuerte caída de la demanda de los productos de exportación de la región, originada en la adopción de medidas similares en el resto del mundo.

Al respecto, la Cepal (2020a) ha estimado que el PIB del conjunto de las economías de América Latina y el Caribe caerá un 7,7%, y la tasa de desocupación aumentará 2,6 puntos porcentuales (Cepal, 2020a). Cada persona impedida de trabajar por motivos ajenos a ella representa un tramo de la Creación que queda sin hacer, un plan de Dios frustrado³. Esta fuerte recesión económica supondrá un empeoramiento de las condiciones de vida, así como sustanciales aumentos de la desocupación, la pobreza y las desigualdades.

De esta manera, la pandemia parece exacerbar las grandes brechas estructurales de la región. De lo que no cabe duda es de que los costos de la desigualdad se han vuelto insostenibles y de que es necesario reconstruir con igualdad y sostenibilidad, apuntando a la creación de un verdadero “buen vivir” y el “bien común”, tarea largamente postergada en nuestra región.

B. Necesidad de una ecología humana integral para un buen vivir sostenible

La mejor forma de respetar la naturaleza es promover una ecología humana abierta a la trascendencia que, respetando la persona y la familia, los ambientes y las ciudades, sigue la indicación paulina de recapitular todas las cosas en Cristo y de alabar con Él al Padre (cf. 1 Co 3, 21-23). El Señor ha entregado el mundo para todos,

³ Cardenal Silva Henríquez, Raúl. Homilía del 1 se mayo de 1977.

para los de las generaciones presentes y futuras. El destino universal de los bienes exige la solidaridad con la generación presente y las futuras. Ya que los recursos son cada vez más limitados, su uso debe estar regulado según un principio de justicia distributiva respetando el desarrollo sostenible.

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Aparecida, 2007

Los desastres en los ecosistemas, las afectaciones en la salud humana y los impactos en la economía y finanzas son las aristas de una misma crisis. Por eso es necesario pasar de una cultura del descarte a una cultura del cuidado. Se requiere un cambio sistémico. Todo está entrelazado.

Para poder poner estos temas en la agenda pública es fundamental revelar, analizar y comprender el impacto social de una crisis sin precedentes en los pueblos de nuestra región. Para ello, a lo largo de este documento, se analizan las tendencias económicas, sociales, políticas y ambientales que precedieron la pandemia y se busca dimensionar sus repercusiones bajo el escenario Covid-19 en 2020, especialmente en clave de una ecología integral para el desarrollo humano, social y ambiental sostenible de la región. En función de esta tarea se abordan cuestiones relativas a la actividad económica, el empleo, la seguridad social, la pobreza y la desigualdad, así como en cuanto al medioambiente, la salud, el hábitat humano, la vida política, y, con una mirada particular puesta sobre algunos sectores que constituyen los “nuevos descartados” sociales.

En este contexto, el mundo tiene que avanzar hacia un modelo de ecología integral, que busque soluciones a los problemas de la sociedad a la par con los problemas del medioambiente. En la mirada de Francisco, el análisis de los problemas característicos de la humanidad, como la familia, el trabajo, la ciudad, no debe efectuarse sin considerar los problemas del ambiente. No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis económico-social-

ambiental⁴. Esta crisis se debe resolver a través de la búsqueda de soluciones integrales, dado que los problemas que nos acontecen no se presentan aislados, sino que interactúan entre sí.

La pandemia ha puesto al descubierto las fallas e insuficiencias de los sistemas de protección social y de los regímenes de bienestar. Pero también el papel de la política pública se está revalorizando y se reconoce el papel del Estado como actor clave para responder a los desafíos actuales. La pandemia representa así una oportunidad para tomar un nuevo rumbo de política pública, a fin de construir sociedades más igualitarias y resilientes, mediante la implementación de políticas universales, redistributivas y solidarias, con un enfoque de derechos (Cepal, 2020b). Sociedades que respeten la dignidad de las personas.

En especial, se espera que en nuestra región la crisis ayude a generar un consenso en torno a la necesidad de construir verdaderos Estados para el “buen vivir” y el “bien común”, así como modelos sostenibles de producción y de consumo. Para salir de la crisis es necesario repensar el modelo de desarrollo y consolidar las tres dimensiones del desarrollo sostenible: social, ambiental y económica. Si bien los retrocesos que se prevén en términos sociales y económicos amenazan gravemente el cumplimiento de los Objetivos de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, la pandemia ha evidenciado también la relevancia de sus principios centrales: la integralidad del desarrollo e interdependencia de sus dimensiones, así como el principio de “no dejar a nadie atrás”.

Las políticas sociales tienen un papel central que desempeñar como vanguardia del cambio de modelo de desarrollo. Desde la salud, la nutrición, las transferencias monetarias y la protección social en general, las políticas sociales han sido protagonistas de la acción pública para mitigar las carencias y atender las necesidades de la población en un contexto de crisis sanitaria y económica. Más allá de la emergencia, tendrán un papel fundamental en el proceso de reconstrucción. Para reconstruir y transformar con igualdad y sostenibilidad, es

⁴ Francisco (2015a). *op cit*

imprescindible avanzar hacia el trabajo decente, fomentar la corresponsabilidad en los cuidados y promover la protección social universal, asegurando, entre otros, el acceso a sistemas de salud pública y pensiones de calidad (Cepal, 2020j).

En su última encíclica, *Fratelli Tutti*, Francisco nos llama a reflexionar sobre el tipo de solución que se le da al problema de la pobreza. La ayuda por medio del dinero tiene que ser pensada como una situación provisoria, mientras que el trabajo permite el ejercicio de la dignidad de la persona. El trabajo no solo tiene que ser el origen del sustento, sino también el cauce para el crecimiento personal y colectivo⁵.

En muchos sentidos, la pandemia ha sacudido el *statu quo* y la actual crisis puede mirarse como una “coyuntura crítica”, es decir, un momento excepcional que redefine lo que es posible, incluso lo que es pensable. Esto debido a que, ante presiones, pérdidas o riesgos extremos, la mayoría de los actores se tornan más dispuestos que antes a cambiar el *statu quo*, abriendo así ventanas de oportunidad política para cambios sociales, económicos y políticos (Weyland, 2007 y 2008). En el contexto de la pandemia y sus secuelas, toma mayor fuerza argumentar que todas las personas necesitan acceder a un nivel básico de bienestar y de ingreso, independientemente de su situación y características individuales.

En la búsqueda del bien común, es fundamental la coordinación entre el Estado y las organizaciones sociales. La única forma de encaminarnos en la edificación del bien común es a través de la activación de los principios de solidaridad. Los Estados tienen que poner las economías al servicio de los pueblos, y no los pueblos al servicio de la economía. Sin embargo, son actualmente escasos los respaldos políticos en la región a un sistema económico al servicio de las personas, proyectado al desarrollo humano integral, desde el protagonismo de los empobrecidos y excluidos. Todavía prevalecen el extractivismo, la especulación, el productivismo y el egoísmo económico.

⁵ Francisco (2020), “Encíclica Fratelli Tutti sobre la fraternidad y la amistad social”. El Vaticano, 2020.

La lógica del derrame no resuelve los problemas de la inequidad, dado que no consta de mecanismos que permitan resolver los problemas sociales. La fragilidad de las economías demuestra que el libre mercado no es siempre el antídoto más eficiente para curar una economía. Hay que promover una economía activa, que favorezca la diversidad productiva generando una situación de confianza y solidaridad, que propague el ideal de fraternidad especialmente con los pobres y los excluidos. Tener una economía verdaderamente solidaria implica repensar la participación social, política y económica, de modo que se incluyan a todos los movimientos populares en sintonía con el funcionamiento del Estado, buscando despertar las experiencias de solidaridad desde abajo. En conjunto, las instituciones tienen que ser capaces de crear dinámicas capaces de incluir a los últimos de la sociedad, en lugar de excluirlas.

C. Necesidad de una cultura del encuentro

No hay punto final en la construcción de la paz social de un país, sino que es «una tarea que no da tregua y que exige el compromiso de todos. Trabajo que nos pide no decaer en el esfuerzo por construir la unidad de la nación y, a pesar de los obstáculos, diferencias y distintos enfoques sobre la manera de lograr la convivencia pacífica, persistir en la lucha para favorecer la cultura del encuentro, que exige colocar en el centro de toda acción política, social y económica, a la persona humana, su altísima dignidad, y el respeto por el bien común. Que este esfuerzo nos haga huir de toda tentación de venganza y búsqueda de intereses solo particulares y a corto plazo» [218]. Las manifestaciones públicas violentas, de un lado o de otro, no ayudan a encontrar caminos de salida. Sobre todo porque, como bien han señalado los obispos de Colombia, “cuando se alientan movilizaciones ciudadanas no

siempre aparecen claros sus orígenes y objetivos, hay ciertas formas de manipulación política y se han percibido apropiaciones a favor de intereses particulares” [219].

Carta Encíclica Fratelli Tutti del santo padre Francisco sobre la fraternidad y la amistad social, 232. El Vaticano, 2020.

Ante la complejidad de contextos sociales, culturales y ambientales, el pueblo de Dios tiene el desafío de ser una Iglesia en salida, hospital de campaña, promotora de hermandad universal y la amistad social, de la cultura del diálogo y del encuentro, de un nuevo pacto educativo para un humanismo solidario, de nuevas formas de construir las relaciones políticas y económicas en armonía con la casa común. El papa Francisco nos invita a construir la “cultura del encuentro”, que es un arte que tiene como sujeto y protagonista al pueblo que transmite con entusiasmo su forma de vivir y estilo de vida. Es capaz de tender puentes, incluyendo a todos.

Ante una situación excepcional como la pandemia y las demandas ciudadanas de una sociedad más igualitaria y con plena garantía de derechos, hay una oportunidad para el cambio. Sin embargo, para ir más lejos de un llamado basado en los buenos deseos, es importante plantear con urgencia la necesidad de un nuevo pacto social como instrumento político para un cambio verdaderamente estructural. En tal sentido, es preciso recuperar la política como instrumento de cambio, como mecanismo para deliberar, disentir y acordar, para generar bienes públicos y pactos duraderos.

Como proceso, el pacto debería ser un intento explícito, representativo y participativo para abordar asuntos que no han tenido respuesta en los canales habituales, tendiendo así nuevos puentes entre la sociedad y el Estado. Analíticamente, pueden distinguirse dos grandes componentes de un pacto social. Por un lado, la redistribución de recursos y oportunidades materiales para acceder al bienestar; por

el otro, el reconocimiento de las identidades y derechos de grupos específicos de población excluidos o discriminados en los diversos ámbitos de la vida social.

Según el contexto, un pacto sociopolítico puede contener elementos de ambas dimensiones, o bien centrarse específicamente en una de ellas. El pacto social es un instrumento político que sirve para decantar consensos y acuerdos para el mediano y largo plazo. Se basa en el diálogo amplio y participativo, con un papel sólido del conjunto amplio de la población. Este diálogo hoy debe partir del espacio común que nos impone la pandemia, a saber, la vulnerabilidad universal a una crisis sanitaria, económica y social, que requiere mecanismos universales de protección y mitigación.

El pacto supone que los actores hagan una contribución e incluso que parte de los actores poderosos en términos de sus intereses inmediatos hagan cesiones importantes, con miras a lograr una situación más estable, provechosa, legítima y sostenible para el conjunto de la sociedad. La experiencia histórica indica que los actores poderosos, aunque de ninguna manera los únicos, son interlocutores indispensables que deben participar de forma activa y comprometerse con los resultados.

También deben ser incorporados activamente los principales movimientos y sectores sociales, desde los trabajadores hasta los sectores más marginados de la sociedad. Es fundamental escuchar la voz de la sociedad civil, cuyas organizaciones con frecuencia están en la vanguardia para impulsar las demandas de la ciudadanía, así como la exigencia de mayor rendición de cuentas por parte del Estado y, en general, de los actores políticos. En ello, la población joven constituye un caudal de cambio y de transformación, incluso en los momentos críticos de la pandemia. Reconocer su riqueza, su potencial y su aporte concreto es fundamental para avanzar en sociedades verdaderamente orientadas hacia un nuevo modelo de desarrollo y un Estado de bienestar.

Un nuevo pacto social debe abrir discusiones y abordar temas relegados o incluso omitidos por los principales actores económicos y políticos, con respuestas solidarias en

los costos y el financiamiento, lo que exige pactos fiscales que promuevan una fiscalidad progresiva y sostenible, asegurando recursos constantes y suficientes para el bienestar y la resiliencia de la población.

El mundo previo a la llegada de la pandemia ya presentaba un funcionamiento no sostenible. La diferencia es que actualmente, más que en otras oportunidades, la situación permite cuestionar el orden económico y político mundial bajo el cual se reproducen tanto la riqueza de unos pocos como la pobreza de amplios sectores sociales. La situación abre la posibilidad de poner en debate la posibilidad histórica de un modelo de organización humana fundado en el “buen vivir” y en el “bien común”, tanto en lo económico como en lo social y ambiental.

Asimismo, la reconstrucción socioeconómica posCovid-19 está obligada a adoptar una mirada que apunte a un modelo de ecología integral, capaz de encontrar soluciones a los problemas de la sociedad a la par con los problemas del medioambiente. La realidad regional nos obliga a tener una mirada que vaya más allá de lo inmediato, buscando beneficios para toda la sociedad, tanto la presente como la futura, tratando de incorporar un nuevo modelo de producción económica y reproducción social circular, en clave de garantizar un desarrollo humano, económico, social y ambiental sustentable.

Tenemos la tarea de reformar las estructuras de la sociedad de modo que nadie quede excluido, buscando transformar las economías para una vida próspera, que esté en armonía con el medioambiente.

Ante los desastres económicos producidos por la pandemia, el papa Francisco afirma que es oportuno pensar creativamente una economía integrada en un proyecto político, social, cultural y popular que busque el bien común para abrir camino a oportunidades diferentes (FT 178). La noción de recuperación no puede contentarse con una vuelta a un modelo de vida económica y social desigual e insostenible, en el que una exigua minoría de la población mundial posee la mitad de la riqueza..

“Tierra, techo y trabajo para nuestros hermanos y hermanas son derechos sagrados” - Discurso pronunciado por el papa Francisco durante el II Encuentro Mundial de Movimientos Sociales y Populares realizado en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 9 de julio de 2015 (fragmento).

Hermanos, hermanas. Buenas tardes a todos... La Biblia nos recuerda que Dios escucha el clamor de su pueblo y quisiera yo también volver a unir mi voz a la de ustedes: “Las famosas tres T”: tierra, techo y trabajo para todos nuestros hermanos y hermanas. Lo dije y lo repito: son derechos sagrados. Vale la pena, vale la pena luchar por ellos. Que el clamor de los excluidos se escuche en América Latina y en toda la tierra.

Primero que todo: 1. Empecemos reconociendo que necesitamos un cambio. Quiero aclarar, para que no haya malentendidos, que hablo de los problemas comunes de todos los latinoamericanos y, en general también de toda la humanidad. Problemas que tienen una matriz global y que hoy ningún Estado puede resolver por sí mismo. Hecha esta aclaración, propongo que nos hagamos estas preguntas: - ¿Reconocemos que las cosas no andan bien en un mundo donde hay tantos campesinos sin tierra, tantas familias sin techo, tantos trabajadores sin derechos, tantas personas heridas en su dignidad? - ¿Reconocemos que las cosas no andan bien cuando estallan tantas guerras sin sentido y la violencia fratricida se adueña hasta de nuestros barrios? ¿Reconocemos que las cosas no andan bien cuando el suelo, el agua, el aire y todos los seres de la creación están bajo permanente amenaza? Entonces, digámoslo sin miedo: necesitamos y queremos un cambio. Ustedes —en sus cartas y en nuestros encuentros— me han relatado las múltiples exclusiones e injusticias que sufren en cada actividad laboral, en cada barrio, en cada territorio. Son tantas y tan diversas como tantas y diversas

sus formas de enfrentarlas. Hay, sin embargo, un hilo invisible que une cada una de esas exclusiones, ¿podemos reconocerlo? Porque no se trata de cuestiones aisladas. Me pregunto si somos capaces de reconocer que estas realidades destructoras responden a un sistema que se ha hecho global. ¿Reconocemos que este sistema ha impuesto la lógica de las ganancias a cualquier costo sin pensar en la exclusión social o la destrucción de la naturaleza? Si esto es así, insisto, digámoslo sin miedo: queremos un cambio, un cambio real, un cambio de estructuras. Este sistema ya no se aguanta, no lo aguantan los campesinos, no lo aguantan los trabajadores, no lo aguantan las comunidades, no lo aguantan los pueblos... Y tampoco lo aguanta la Tierra, la hermana Madre Tierra, como decía san Francisco. Queremos un cambio en nuestras vidas, en nuestros barrios, en el pago chico, en nuestra realidad más cercana; también un cambio que toque al mundo entero porque hoy la interdependencia planetaria requiere respuestas globales a los problemas locales.

La globalización de la esperanza, que nace de los pueblos y crece entre los pobres, debe sustituir esta globalización de la exclusión y la indiferencia. Quisiera hoy reflexionar con ustedes sobre el cambio que queremos y necesitamos. Saben que escribí recientemente sobre los problemas del cambio climático. Pero, esta vez, quiero hablar de un cambio en el otro sentido. Un cambio positivo, un cambio que nos haga bien, un cambio —podríamos decir— redentor. Porque lo necesitamos.

Sé que ustedes buscan un cambio, y no solo ustedes: en los distintos encuentros, en los distintos viajes, he comprobado que existe una espera, una fuerte búsqueda, un anhelo de cambio en todos los pueblos del mundo. Incluso dentro de esa minoría cada vez más reducida que cree beneficiarse con este sistema reina la insatisfacción y especialmente la tristeza. Muchos esperan un cambio que los libere de esa tristeza individualista que esclaviza. El tiempo, hermanos, hermanas, el tiempo parece que se estuviera agotando; no alcanzó el pelearnos entre nosotros, sino que hasta nos



ensañamos con nuestra casa. Hoy la comunidad científica acepta lo que ya desde hace mucho tiempo denuncian los humildes: se están produciendo daños tal vez irreversibles en el ecosistema. Se está castigando a la tierra, a los pueblos y las personas de un modo casi salvaje. Y detrás de tanto dolor, tanta muerte y destrucción, se huele el tufo de eso que Basilio de Cesarea llamaba «el estiércol del diablo». La ambición desenfrenada de dinero que gobierna. Ese es el estiércol del diablo. El servicio para el bien común queda relegado. Cuando el capital se convierte en ídolo y dirige las opciones de los seres humanos, cuando la avidez por el dinero tutela todo el sistema socioeconómico, arruina la sociedad, condena al hombre, lo convierte en esclavo, destruye la fraternidad interhumana, enfrenta pueblo contra pueblo y, como vemos, incluso pone en riesgo esta nuestra casa común. No quiero extenderme describiendo los efectos malignos de esta sutil dictadura: ustedes los conocen. Tampoco basta con señalar las causas estructurales del drama social y ambiental contemporáneo.

Sufrimos cierto exceso de diagnóstico que a veces nos lleva a un pesimismo charlatán o a regodearnos en lo negativo. Al ver la crónica negra de cada día, creemos que no hay nada que se puede hacer salvo cuidarse a uno mismo y al pequeño círculo de la familia y los afectos.

¿Qué puedo hacer yo, cartonero, catadora, pepenador, recicladora, frente a tantos problemas, si apenas gano para comer? ¿Qué puedo hacer yo, artesano, vendedor ambulante, transportista, trabajador excluido, si ni siquiera tengo derechos laborales? ¿Qué puedo hacer yo, campesina, indígena, pescador, que apenas puedo resistir el avasallamiento de las grandes corporaciones? ¿Qué puedo hacer yo desde mi villa, mi chabola, mi población, mi ranchería, cuando soy diariamente discriminado y marginado? ¿Qué puede hacer ese estudiante, ese joven, ese militante, ese misionero que patea las barriadas y los parajes con el corazón lleno de sueños, pero casi sin ninguna solución para sus problemas? Pueden hacer mucho. Pueden hacer mucho. Ustedes, los más humildes, los explotados, los pobres y excluidos, pueden y hacen mucho. Me atrevo a decirles que el futuro de la humanidad está, en gran medida, en sus manos, en su capacidad de organizarse y promover alternativas creativas, en la búsqueda cotidiana de «las tres T» ¿De acuerdo? (Trabajo, techo, tierra), y también, en su participación protagónica en los grandes procesos de cambio, cambios nacionales, cambios regionales y cambios mundiales.

¡No se achiquen!



Resumen del estudio

La pandemia de la Covid-19 llega a América Latina en un escenario de elevada complejidad. Años de bajo crecimiento económico han encauzado el aumento de la pobreza y crecientes tensiones sociales. Las desigualdades estructurales se profundizan y se hacen visibles en los altos niveles de informalidad, la desprotección social y la baja productividad, así como también se descubren problemas críticos en el acceso a la salud, la educación y los cuidados.

Se multiplican los agravios sobre las poblaciones más vulnerables, como los niños y adolescentes, las mujeres, los adultos mayores, los pueblos indígenas y afroamericanos, los desocupados estructurales, los migrantes, los enfermos crónicos, las personas con orientación sexual no heteronormativa, entre otros.

Este documento consta de tres secciones que buscan analizar el estado de la región. El primer apartado, “Sueño Ecológico”, menciona la situación actual de la economía, del trabajo, de la protección social, del medioambiente, del cambio climático, del estado de la salud de la población y de los sistemas de salud.

El segundo apartado, denominado “Sueño Social”, analiza la problemática de la pobreza, la desigualdad, el desamparo social, la marginalidad y la segregación urbana y étnico-racial, los nuevos descartados sociales (personas mayores, migrantes, pueblos originarios, grupos étnico-raciales discriminados, personas con discapacidades, pobres urbanos, trabajadores sin tierra y personas con consumo problemático de sustancias) y la delicada situación de los niños, niñas y adolescentes. El último apartado, “sSueño Cultural”, explora el estado de las democracias y los derechos humanos, así como también los cambios que están aconteciendo en nuestra sociedad.

1. Sueño Ecológico

(Aspectos que lo afectan)

Economía, trabajo digno y protección social

La actual concentración de renta y riqueza se da principalmente por los mecanismos del sistema financiero. La libertad concedida a las inversiones financieras favorece al capital especulativo, que no tiene incentivos para hacer inversiones productivas de largo plazo, sino que busca el lucro inmediato en los negocios con títulos públicos, monedas y derivados. Sin embargo, según la doctrina social de la Iglesia, el objeto de la economía es la formación de la riqueza y su incremento progresivo, en términos no solo cuantitativos, sino cualitativos, todo lo cual es moralmente correcto si está orientado al desarrollo global y solidario del hombre y de la sociedad en la que vive y trabaja. El desarrollo, en efecto, no puede reducirse a un mero proceso de acumulación de bienes y servicios. Al contrario, la pura acumulación, aun cuando fuese en pro del bien común, no es una condición suficiente para la realización de una auténtica felicidad humana (CDSI,334).

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericana, 69. Aparecida, 2007

- ▶ La actividad económica internacional —entendida como la medición del producto a nivel mundial— se mantuvo estancada en los últimos diez años. Las economías

más avanzadas presentan tendencia a la baja, con un crecimiento de tan solo 1,7% en 2019. Las economías emergentes y en desarrollo también tienden a caer, con un crecimiento de 3,7% en ese año, marcando una desaceleración respecto al comienzo de la década.

- ▶ El crecimiento económico mundial estimado para el año 2020 fue de 2,7%. La llegada de la Covid-19 y el cierre de la actividad tuvieron como consecuencia una caída de 4,4% del PIB mundial, con resultados aún peores para los países más avanzados (-5,8%). Se destaca la rápida recuperación de China, con un crecimiento del 1,9%. Para 2021 se prevé un crecimiento del 5,2% a nivel mundial. Aun así, el crecimiento del producto no será suficiente para paliar las pérdidas del PIB per cápita, que muestra retrocesos de hasta diez años en los peores casos.
- ▶ América Latina y el Caribe vivió una época de expansión durante la primera década del siglo XXI, principalmente por las beneficiosas condiciones internacionales para la exportación de productos primarios, signadas por términos de intercambio favorables. Pero la década 2010-2020 presenta cambios significativos con respecto a la anterior. En principio, 23 de las 33 economías regionales están en caída desde el año 2014. Para el total de la región, el crecimiento en el año 2019 fue 0,0%, el menor crecimiento de los últimos cuarenta años. En 2020 se estima una caída del 8,1%, con cifras aún mayores en las economías que se dedican al turismo (-9,9%). En este contexto, será necesaria una renovación estructural de la economía para mitigar los costos sociales y productivos de la pandemia. El crecimiento proyectado para 2021 es de solo 3,6%.
- ▶ En este contexto, una posible salida de la crisis es a través del fortalecimiento de la economía social, donde se ubican empresas o emprendimientos con lucros limitados, mutualidades, fundaciones y organizaciones sin ánimo de lucro, asociaciones económicas, cooperativas, comunidades campesinas e indígenas, unidades económicas familiares, colectivos de producción y comercialización, entre otras, que ofrecen ventajas y

beneficios para el desarrollo económico y social (incluida la mejor distribución del excedente, gestión eficiente de los bienes comunes, inclusión laboral y social, entre otros beneficios para la colectividad).

- ▶ Los mercados de trabajo no han tenido una tendencia diferente que la economía en la última década: el estancamiento económico limita la creación de empleo y aumenta los niveles de desempleo. Las tasas de desocupación se han mantenido entre 8% y 10% de la población activa de América Latina y el Caribe (ALyC).. Las tasas de ocupación informal han tendido a la baja en el año 2020, pero esto se explica por la transición de los trabajadores informales hacia la inactividad, a causa del cierre a la circulación.
- ▶ El empleo también ha sufrido los golpes de la pandemia en el año 2020, y los más perjudicados han sido los trabajadores asalariados y los trabajadores informales. Para el año 2020 se estima una caída de 2,6 puntos porcentuales respecto al año anterior, con un preocupante aumento en la desocupación. Se estima una pérdida de 47 millones de empleos, con una tasa del 10% de desocupación. La crisis otorga nueva importancia a la segmentación del mercado de trabajo. La ocupación fue menor en el caso de las mujeres, que en muchos casos no pudieron reinsertarse en su empleo debido a las nuevas demandas del hogar, y en los casos de personas con menor nivel de formación, afectadas en sus actividades por las limitaciones a la circulación.
- ▶ Nuevas formas de trabajo emergen a partir de la experiencia Covid-19. El teletrabajo fue la opción por excelencia en oficinas y escuelas, aunque el camino es largo hasta que esta modalidad de trabajo pueda ser extendida a toda la población. En épocas de crisis, es importante recordar que el acceso al trabajo para todos debe ser un objetivo prioritario. Estamos llamados al trabajo desde nuestra creación, parte del sentido de la vida en esta tierra, camino de maduración, de desarrollo humano y de realización personal.

- En cuanto a la protección social regional, la tendencia ha sido al aumento en la última década, con importantes avances en la cobertura de grupos tradicionalmente excluidos. Hacia el año 2017, un 61,4% de la población latinoamericana estaba cubierta por al menos una prestación de la protección social. El inicio de la crisis sanitaria, social y económica causada por la Covid-19 puso en primera plana la importancia de los sistemas de protección social en sociedades con altos niveles de vulnerabilidad como lo son las latinoamericanas y caribeñas. La pandemia dio comienzo a una serie de medidas para la protección social tomadas por los Estados, que pueden ser agrupadas en cinco tipos de medidas: transferencias monetarias, transferencias en especie, aseguramiento del suministro de servicios básicos, protección social para los trabajadores y apoyo directo a las personas y familias.

Medioambiente y cambio climático

La riqueza natural de América Latina y el Caribe experimenta hoy una explotación irracional que va dejando una estela de dilapidación, e incluso de muerte, por toda nuestra región. En todo ese proceso, tiene una enorme responsabilidad el actual modelo económico que privilegia el desmedido afán por la riqueza, por encima de la vida de las personas y los pueblos y del respeto racional a la naturaleza. La devastación de nuestros bosques y de la biodiversidad mediante una actitud depredatoria y egoísta involucra la responsabilidad moral de quienes la promueven, porque pone en peligro la vida de millones de personas y en especial el hábitat de los campesinos e indígenas, quienes son expulsados hacia las tierras de ladera y a las grandes ciudades para vivir hacinados en los cinturones de miseria. Nuestra región tiene necesidad de progresar en su desarrollo

agroindustrial para valorizar las riquezas de sus tierras y sus capacidades humanas al servicio del bien común, pero no podemos dejar de mencionar los problemas que causa una industrialización salvaje y descontrolada de nuestras ciudades y del campo, que va contaminando el ambiente con toda clase de desechos orgánicos y químicos. Lo mismo hay que alertar respecto a las industrias extractivas de recursos que, cuando no proceden a controlar y contrarrestar sus efectos dañinos sobre el ambiente circundante, producen la eliminación de bosques, la contaminación del agua, y convierten las zonas explotadas en inmensos desiertos.

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericana, 243. Aparecida, 2007.

- La pandemia trajo consigo consecuencias para el ambiente y el clima. El aumento de la temperatura, el estrés hídrico y las emisiones de gases de efectos invernadero tuvieron un breve lapso de descanso durante el período de aislamiento. La disminución del turismo y de las actividades productivas produjeron una menor presión sobre los ecosistemas, aunque no puede asegurarse que la situación se mantenga una vez finalizada la pandemia.
- A pesar de que la pandemia disminuyó la destrucción de diferentes ecosistemas, no sucedió lo mismo con la degradación de la tierra. Los incendios en gran parte del Amazonas y en regiones de América del Sur tienen sus consecuencias sobre la cobertura vegetal. La tala indiscriminada para la siembra no ha tenido descanso durante la Covid-19: la Amazonia perdió 649 kilómetros cuadrados de selva nativa durante el aislamiento.
- No debe dejar de destacarse que la Covid-19 es una expresión del cambio climático y de sus consecuencias sobre los ecosistemas mundiales, es un síntoma de una situación más profunda. Las modificaciones en los biomas generan que los seres humanos estemos

en mayor contacto con especies antes alejadas, incrementando nuestra vulnerabilidad por la cercanía a nuevos patógenos.

- ▶ Esta dimensión global del cambio climático implica la necesidad de acciones conjuntas para combatir su agravamiento en los próximos años, siendo necesarias acciones coordinadas por todos los Gobiernos del mundo. Políticas vinculadas a la reducción del dióxido de carbono y otros gases contaminantes, y la reducción del uso de fuentes de energía no renovables, serán fundamentales.
- ▶ Al mismo tiempo, los desastres naturales no dieron tregua a la región a pesar del aislamiento: destrucción por el terremoto en Puerto Rico, devastación como consecuencia de los huracanes Eta y Lota, y períodos de sequía en Suramérica.

Salud y el sistema de salud

La Iglesia ha hecho una opción por la vida. Esta nos proyecta necesariamente hacia las periferias más hondas de la existencia: el nacer y el morir, el niño y el anciano, el sano y el enfermo... (417).

Desde el inicio de la evangelización, se ha cumplido este doble mandato. El combate a la enfermedad tiene como finalidad lograr la armonía física, psíquica, social y espiritual para el cumplimiento de la misión recibida... (418). La salud es un tema que mueve grandes intereses en el mundo, pero que no proporcionan una finalidad que la trascienda. En la cultura actual no cabe la muerte y, ante su realidad, se trata de ocultarla... (419).

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 417-419. Aparecida, 2007

La Covid-19 nos obliga a analizar el estado de salud de las personas que viven en América Latina y el Caribe. El grupo más predominante de causas de mortalidad a nivel

regional son las enfermedades no transmisibles, tales como las cardiovasculares, cáncer, diabetes, entre otras. También se destaca el aumento del sobrepeso y la obesidad, especialmente en México y las Bahamas. Estas características de la población se convierten en posibles comorbilidades ante la Covid-19, incrementando la vulnerabilidad de quienes las padecen. Alrededor de 186 millones de personas de la región corren riesgo de padecer la Covid-19.

- ▶ Las cifras han estado en aumento durante el año 2020. Actualmente el continente americano es el que más casos tiene, sumando más de 55 millones de contagiados y más de 1,2 millones de fallecidos. Los países con cifras más elevadas son Brasil, Argentina, Colombia, México y Perú.
- ▶ La baja inversión en el sector ha sido una complicación importante a la hora de enfrentar la Covid-19. Esto se evidencia a través de la saturación de clínicas y hospitales, alcanzando niveles máximos de ocupación de camas de terapia intensiva, así como también la escasez de personal médico y de enfermería para atender a los pacientes.
- ▶ Las estrategias tomadas para combatir la enfermedad han sido heterogéneas, pero dentro de las más adoptadas se encuentran: declaración del estado de emergencia sanitaria, cierre de fronteras internacionales, promoción de medidas de higiene personal más rigurosas, búsqueda y contacto de casos sospechosos, medidas de aislamiento y distanciamiento social, uso obligatorio de mascarillas, restricción de horarios de circulación, suspensión del transporte.
- ▶ La vacunación contra la Covid-19 es la prioridad actual de los Gobiernos para enfrentar la pandemia. Al respecto, el papa Francisco ha advertido sobre la necesidad de que la inmunización llegue a todos los rincones del planeta, incluyendo a los más desfavorecidos, que frecuentemente son olvidados por las corporaciones que distribuyen las vacunas.

2. Sueño Social

(Aspectos que lo afectan)

Desigualdad, pobreza y desamparo social

Conducida por una tendencia que privilegia el lucro y estimula la competencia, la globalización sigue una dinámica de concentración de poder y de riquezas en manos de pocos, no solo de los recursos físicos y monetarios, sino sobre todo de la información y de los recursos humanos, lo que produce la exclusión de todos aquellos no suficientemente capacitados e informados, aumentando las desigualdades que marcan tristemente nuestro continente y que mantienen en la pobreza a una multitud de personas... (62). Una globalización sin solidaridad afecta negativamente a los sectores más pobres. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social. Con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente “explotados” sino “sobrantes” y “desechables” (65).

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 62, 65. Aparecida, 2007

- ▶ La pobreza ha sido y es uno de los mayores problemas que enfrentan los países de ALyC. La solución, según el papa Francisco, requiere que los Gobiernos piensen y actúen en términos de comunidad. Las soluciones permanentes no devienen de estrategias de contención para atravesar temporalmente la condición de pobreza. Es necesario hacerse cargo del presente en su situación más marginal y angustiante, y ser capaz de devolverles la dignidad.
- ▶ En las últimas dos décadas ha habido avances y retrocesos respecto a la lucha contra la pobreza. Las cifras más altas de la década se dieron en el año 2002, con cerca de la mitad de la población latinoamericana viviendo en situación de pobreza. En los años siguientes, la tendencia fue al descenso, acompañada por el crecimiento económico de la década 2000-2010. Pero a partir del 2014 las cifras comenzaron a aumentar en casi toda la región, explicado principalmente por el incremento de la pobreza en Venezuela, Brasil, Argentina y Ecuador.
- ▶ En el año 2019, un 30,5% de la población regional era pobre, y un 11,3% vivía en condiciones de pobreza extrema. La región presenta cifras muy heterogéneas: países como México y Honduras con cifras que rondan el 50% de pobreza, en contraste con la situación de un país como Uruguay, con cerca de un 5% de su población en la pobreza.
- ▶ La llegada de la COVID, acompañada de la caída económica y del aumento de la desocupación, deteriora aún más la frágil condición de la pobreza en la región. La Cepal estima que en el año 2020 un 33,7% de las personas latinoamericanas serán pobres, y un 12,5% serán pobres extremos. Esta cifra de pobreza es equivalente a la cifra de pobreza regional del año 2008, mientras que la cifra de pobreza extrema es la más alta desde 1999. En un escenario sin programas sociales (calculado también por la Cepal), la pobreza alcanzaría al 37,2% de la población y la pobreza extrema al 15,8%.
- ▶ Entre los países, se destaca la situación de Brasil, que ha logrado un descenso de la pobreza incluso en situación de pandemia. El peor de los casos ha sido el argentino, con un incremento del 9,8% de la pobreza respecto al año anterior. En cuanto a la pobreza extrema, Brasil logró una reducción del 4,1% respecto al año anterior, mientras que en Honduras el aumento fue del 6,1%.
- ▶ En el contexto del incremento de la pobreza, la consecuencia también será el aumento de la desigualdad. América Latina ya era la región más desigual del mundo.

El índice de Gini (medición de la desigualdad de los ingresos que existe entre los ciudadanos, donde 0 es una situación de extrema igualdad y 1 una situación de absoluta desigualdad) en promedio para ALyC era de 0,460 en el año 2019, con países con índice menor a 0,400 (Argentina y Uruguay) y países con índices mayores a 0,520 (Brasil y Colombia).

- ▶ La región empezó a sufrir la pandemia con tres problemas estructurales severos: la alta informalidad, la alta desigualdad y la baja productividad, que al interactuar entre sí generan que la región sea particularmente vulnerable ante los *shocks* económicos negativos. Entre 2019 y 2020 la Cepal estima variaciones regresivas en todos los países de la región. Los países con menor variación serán Guatemala y Paraguay (entre 1% y 1,9% de variación), mientras que los países con mayor variación serán Argentina, Ecuador y Perú (6% o más de variación del índice de Gini).
- ▶ Como se mencionó, la región presentó importantes avances en la protección social, pero las mejoras han ocurrido de manera fragmentada. En el año 2019 un 38,9% de los latinoamericanos y caribeños no contaban con acceso a algún tipo de protección social, implicando una situación de desamparo socioeconómico. Las privaciones que sufren estas poblaciones dejadas de lado por la protección social no se resuelven únicamente a través de transferencias monetarias: situaciones de hacinamiento, informalidad, marginalidad y discriminación también son indicadores de desamparo.

Marginalidad, exclusión y segregación social

Dentro de esta amplia preocupación por la dignidad humana, se sitúa nuestra angustia por los millones de latinoamericanos que no pueden llevar una vida

que responda a esa dignidad. La opción preferencial por los pobres es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña.

De hecho, Juan Pablo II, dirigiéndose a nuestro continente, sostuvo que convertirse al Evangelio para el pueblo cristiano que vive en América significa revisar todos los ambientes y dimensiones de su vida, especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común.

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 391. Aparecida, 2007

- ▶ Situaciones de hacinamiento y asentamientos informales son moneda corriente en todos los países de la región. El lugar de residencia es un elemento que refuerza la desigualdad. La vida en las ciudades proporciona más oportunidades que la vida en los suburbios y lejanías. Las disparidades interregionales surgen a partir de las disparidades en el ingreso: las familias de bajos ingresos suelen ubicarse en la periferia, mientras que los hogares de altos ingresos se ubican en la ciudad.
- ▶ La mayoría de los países en América Latina y el Caribe presentan grandes disparidades de ingreso entre regiones. Estas disparidades interregionales lucen similares si se miden a nivel de hogares —usando el ingreso per cápita— o si se utilizan los salarios promedio. Las brechas interregionales son mayores en los países más ricos que en los países más pobres.
- ▶ En particular, la región se destaca por la elevada proporción de población residente en asentamientos informales. En los casos más graves (Nicaragua, Bolivia y Guatemala), más de un 40% de la población urbana reside en este tipo de asentamientos. La llegada de la Covid-19 a estos asentamientos carentes de condiciones básicas de vivienda genera que la enfermedad se propague con mayor velocidad, aumentando su vulnerabilidad debido a los altos niveles de hacinamiento y la ausencia de servicios básicos de saneamiento.

- ▶ Otro problema importante que presenta históricamente nuestra región es la segregación por color de piel. La realidad sociodemográfica es compleja debido al amalgamiento de diversos grupos étnicos. La segregación se manifiesta a través de la baja escolaridad y las dificultades en la inserción en el mercado formal de trabajo. El escenario social de la Covid-19 afectó más a las comunidades y grupos marginados por motivos de raza, nacionalidad o condición étnica, que históricamente se encuentran fuera de los sistemas de protección social.
- ▶ Una de las problemáticas que han complicado el acceso tanto a mecanismos de protección social como a la educación y otras prestaciones ha sido la limitación del lenguaje. Muchas comunidades de pueblos originarios, al no utilizar el mismo idioma que el país en el cual residen, han tenido aún más complicaciones para acceder a la enseñanza o a los programas de seguridad social. Además de las consecuencias sobre la salud de los afrodescendientes y de determinadas minorías nacionales o étnicas, también ha habido un aumento considerable de las injurias, el acoso y la violencia de índole racial en el espacio público, dirigidos sobre todo a las personas de ascendencia asiática, en el contexto de la crisis actual.

Los nuevos descartados sociales

La globalización hace emerger, en nuestros pueblos, nuevos rostros de pobres. Con especial atención y en continuidad con las Conferencias Generales anteriores, fijamos nuestra mirada en los rostros de los nuevos excluidos: los migrantes, las víctimas de la violencia, desplazados y refugiados, víctimas del tráfico de personas y secuestros, desaparecidos, enfermos de VIH y de enfermedades endémicas, tóxicodependientes, adultos mayores, niños y niñas que son víctimas de la prostitución,

pornografía y violencia o del trabajo infantil, mujeres maltratadas, víctimas de la exclusión y del tráfico para la explotación sexual, personas con capacidades diferentes, grandes grupos de desempleados, los excluidos por el analfabetismo tecnológico, las personas que viven en la calle de las grandes urbes, los indígenas y afroamericanos, campesinos sin tierra y los mineros. La Iglesia, con su pastoral social, debe dar acogida y acompañar a estas personas excluidas en los ámbitos que correspondan.

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 402. Aparecida, 2007

- ▶ En el contexto de aumento de la pobreza, desigualdad y marginalidad, se recrudece la situación de los descartados sociales. La lógica del descarte margina a ciertos grupos de la sociedad considerados innecesarios, y esta situación empeora durante la pandemia. Es importante recordar la necesidad de abandonar esta lógica y reemplazarla por una nueva visión, una lógica de la comunión, que se aleje de la exclusión.
- ▶ Personas mayores, migrantes, pueblos originarios, personas con discapacidades y consumos problemáticos, y trabajadores rurales sin tierra, ven empeoradas sus condiciones de vida ante la pandemia. En el caso de los adultos mayores, la enfermedad los afecta en un estado de mayor vulnerabilidad física al virus. El desarrollo de patologías crónicas y el aumento de las limitaciones funcionales complican la posibilidad de enfrentar la covid.
- ▶ A nivel regional, los adultos mayores representan la mayor parte de los fallecimientos por Covid-19. En los casos de Colombia, México y Costa Rica, entre el 60% y 70% de los fallecimientos por Covid-19 han sido mayores de 60 años. Estas cifras son más altas en Argentina y Chile, cercanas al 85%.

- ▶ Los migrantes representan un drama frecuentemente invisibilizado, representando un reto para las sociedades, los Estados y las Iglesias. En su momento, el papa Francisco habló de la necesidad de acoger, proteger, promover e integrar a los desplazados. En el año 2019, 40,5 millones de personas de la región se encontraban en condición de migrantes. Se reconocen dos corrientes principales de migración a nivel interregional: la movilidad desde los países de Centroamérica hacia México y Estados Unidos, y la movilidad venezolana hacia los países del Cono Sur. Otra importante corriente migratoria, aunque en menor medida, es la migración haitiana hacia la República Dominicana, Cuba y Estados Unidos.
- ▶ Las migraciones en contexto Covid-19 son limitadas por el cierre de las fronteras y las medidas de cuarentena, aunque no debe suponerse que la movilidad está limitada por estos factores, dado el carácter involuntario y forzado que tiene la migración interregional. Entre los grupos especialmente vulnerables a los efectos de la pandemia de Covid-19, además de los migrantes indocumentados o en situación migratoria irregular, se encuentran las mujeres migrantes, los niños, las niñas y los y las adolescentes, así como las personas de orientación sexual no heteronormativa.
- ▶ Los pueblos originarios representan un 9,8% de la población regional, siendo también la población con más incidencia de la pobreza, concentrada especialmente en áreas rurales y en territorios alejados. En todos los países de la región hay comunidades indígenas en alto riesgo por su menor resistencia inmunitaria y su falta de acceso a atención hospitalaria. Lejos de los hospitales y de la atención mediática, las personas indígenas latinoamericanas enferman y mueren sin acceso a los medios esenciales para protegerse.
- ▶ En cuanto a los trabajadores rurales sin tierra, generalmente se asocia la pobreza rural al déficit de trabajo decente en la agricultura. Asimismo, la

desigualdad en la distribución de la tierra se evidencia a través de la acumulación por parte de ciertos grupos y personas privilegiadas. Durante los primeros meses del año 2020 la pandemia tuvo como consecuencia un menor dinamismo en la producción y exportación de productos agrícolas, generando pérdidas de ingresos.

- ▶ Los grupos más vulnerables de la sociedad, los ancianos, las mujeres, los pueblos indígenas y los pobres, que ya son algunos de los segmentos más excluidos de la población, también son las poblaciones con la mayor proporción de personas con discapacidad. En muchos sentidos, su exclusión se magnifica al vivir en esta situación.
- ▶ Las personas con discapacidad tienen mayor riesgo ante la Covid-19 debido a sus limitadas posibilidades de protegerse del contagio o de buscar diagnóstico y tratamiento por la falta de información sobre el virus en formatos accesibles y la falta de accesibilidad a los establecimientos de salud. La Covid-19 tiene un efecto de tipo acumulativo sobre las personas con discapacidades, dado que las desventajas estructurales previas a la pandemia se refuerzan ante la ausencia de acciones de resguardo de la salud y el bienestar de los grupos vulnerables. Una situación similar ocurre en las personas que tienen problemas con el consumo de sustancias ilícitas, al ser físicamente más vulnerables a la Covid-19.

Situación de las infancias y las adolescencias

Vemos con dolor la situación de pobreza, de violencia intrafamiliar, de abuso sexual, por la que atraviesa un buen número de nuestra niñez: los sectores de niñez trabajadora, niños de la calle, niños portadores de VIH, huérfanos, niños soldados, y niños y niñas engañados y expuestos a la pornografía y prostitución forzada, tanto virtual como real. Sobre

todo, la primera infancia (0 a 6 años) requiere de una especial atención y cuidado. No se puede permanecer indiferente ante el sufrimiento de tantos niños inocentes [...] Por otro lado, constatamos con preocupación que innumerables jóvenes de nuestro continente atraviesan por situaciones que les afectan significativamente: las secuelas de la pobreza, que limitan el crecimiento armónico de sus vidas y generan exclusión; la socialización, cuya transmisión de valores ya no se produce primariamente en las instituciones tradicionales, sino en nuevos ambientes no exentos de una fuerte carga de alienación; su permeabilidad a las formas nuevas de expresiones culturales, producto de la globalización, lo cual afecta su propia identidad personal y social.

V Conferencia General del Episcopado latinoamericano, 438, 444. Aparecida, 2007

- ▶ Es importante mencionar también la situación de una de las poblaciones más afectadas por la pandemia, que tiende a ser invisibilizada: los 193 millones de niños, niñas y adolescentes de América Latina y el Caribe. Se calcula que en el año 2019 un 47,2% de los menores de edad se encontraban en condición de pobreza, y un 19,6% en situación de indigencia. Estos niños son el futuro de la familia humana y es responsabilidad de todos favorecer su desarrollo integral.
- ▶ En cuanto a la alimentación de los menores de edad, se observa una transición hacia el consumo de más azúcares y grasas, resultando en la malnutrición infantil y aumento del sobrepeso. En el otro extremo, muchos niños sufren la emaciación y la falta de vitaminas y minerales. Las consecuencias de una mala alimentación en la infancia generan consecuencias para toda la vida. Una buena nutrición en la infancia es fundamental para el desarrollo cognitivo en la niñez y en la adultez.
- ▶ La pandemia ha generado una “pandemia del hambre” en nuestra región. Con el cierre de las escuelas se suspendieron buena parte de los programas de alimentación escolar, que benefician a 85 millones de niños de la región. Para unos 10 millones de niños, la alimentación que reciben en la escuela es una de las principales fuentes de alimentación segura que reciben al día.
- ▶ La educación es un tema que se ha mencionado extensamente durante la pandemia, y representa una de las mayores preocupaciones hacia el futuro. La tendencia regional de las últimas década ha sido al aumento de la escolarización tanto en la preprimaria como en la escuela primaria y secundaria. El cierre de los centros educativos generó que millones de estudiantes no pudieran asistir a centros de enseñanza desde el nivel preescolar hasta el terciario.
- ▶ La consecuencia más grave de la pandemia no será únicamente la situación económica, sino también el impacto sobre los procesos de construcción de capital humano. Se contabiliza que en América Latina y el Caribe se perdieron más de 170 días de aprendizaje (la media mundial es de 40 días), por lo cual aumentó el riesgo de perder un año entero.
- ▶ El aprendizaje a distancia, a pesar de ser adecuado para sortear las problemáticas del corto plazo, es insostenible en la mayoría de los países de la región. Con elevados niveles de pobreza y marginalidad, las sociedades latinoamericanas no tienen las condiciones digitales para apoyar el proceso de enseñanza.
- ▶ Al hablar de la situación de las infancias, se hace menester mencionar el estado del trabajo y la explotación infantil, manifestaciones graves de la desigualdad. Nuestra región es una de las que más ha avanzado hacia la erradicación del trabajo infantil, logrando una reducción de más de 9,5 millones de menores de edad que trabajan. Sin embargo, en el año 2016 aún había más de 17 millones de niños ocupados en la actividad económica de la región.

- ▶ La Covid-19 ha exacerbado las vulnerabilidades preexistentes: la desaceleración de la producción, el desempleo, la baja cobertura de la protección social, la falta de acceso a seguridad social y los mayores niveles de pobreza son condiciones que favorecen el aumento del trabajo infantil.
- ▶ En relación con la vulnerabilidad infantil, también es importante hacer referencia a las situaciones de violencia doméstica infantil que atraviesan nuestra región. La violencia es el resultado de múltiples factores sociales, económicos, culturales, políticos y ambientales que se manifiestan en el nivel individual, familiar y comunitario. Tiene muchas manifestaciones, ya sea física, sexual o emocional. En nuestra región, uno/a de cada dos niños/as menores de 15 años es sometido a algún tipo de castigo corporal en el hogar; dos de cada tres niños/as experimentan algún tipo de disciplina violenta, ya sea física o psicológica. Más de un millón de niñas adolescentes de entre 15 y 19 años experimentaron algún tipo de violencia sexual.
- ▶ La pandemia por coronavirus crea un entorno propicio para el aumento de las situaciones de violencia. Las limitaciones de la actividad económica, el cierre de las escuelas, el acceso reducido a los servicios de salud y el distanciamiento físico pueden incrementar la vulnerabilidad y exposición en la infancia y adolescencia a la violencia.
- ▶ Un problema derivado de los niveles de violencia en América Latina y el Caribe es la maternidad adolescente: nuestra región tiene la segunda tasa de embarazo adolescente más alta del mundo. El embarazo a temprana edad tiene consecuencias para las niñas y adolescentes pobres gestantes. Las complicaciones causadas por el embarazo y el parto están dentro de las principales causas de mortalidad materna.
- ▶ El inicio de la Covid-19 enciende las alarmas sobre la problemática de la maternidad adolescente. Los cierres de las escuelas y otros establecimientos educativos tienen como consecuencia que niñas y adolescentes pasen mayor tiempo en su hogar, aumentando el tiempo de exposición a familiares abusivos.

C. Sueño Cultural (Aspectos que lo afectan)

Paz social, democracia y derechos humanos

No es pues oportunismo, ni por afán de novedad, que la 'Iglesia experta en humanidad' es defensora de los derechos humanos. Es por un auténtico compromiso evangélico, el cual, como sucedió con Cristo, es sobre todo compromiso con los más necesitados.

Discurso inaugural de Juan Pablo II, III Conferencia Episcopal de América Latina y el Caribe, Puebla.

Urge crear estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde exista posibilidades para todos. Igualmente, se requieren nuevas estructuras que promuevan una auténtica convivencia humana, que impidan la prepotencia de algunos y faciliten el diálogo constructivo para los necesarios consensos sociales.

V Conferencia General del Episcopado latinoamericano, 384. Aparecida, 2007

- ▶ El Objetivo de Desarrollo Sostenible-ODS 16, Paz, Justicia e Instituciones sólidas, busca promover sociedades justas, pacíficas e inclusivas. América Latina y el Caribe aún tienen un gran desafío en torno al desarrollo de una verdadera cultura democrática. Las persistentes desigualdad y conflictividad social, sumadas a la inestabilidad política, debilidad institucional, corrupción e inseguridad que caracterizan a la región, tienen como consecuencia bajos niveles de confianza

en las instituciones o autoridades y poca participación por parte de la ciudadanía, que se manifiesta cada vez más descontenta y escéptica de la democracia.

- ▶ El año 2019 presentó numerosas crisis en los diferentes países de América Latina y el Caribe. La región se vio afectada por una serie de conflictos económicos, políticos y sociales. A pesar de la pandemia, los acontecimientos que iniciaron en el año 2019 tuvieron su reactivación en varios países de la región. La Covid-19, más que retraer la conflictividad, potenció la inestabilidad política de la mayor parte de los Gobiernos de la región.
- ▶ La satisfacción con la democracia es cada vez más débil. En el año 2008 la insatisfacción era de un 51%, y esta cifra se elevó a 71% en el 2018. En ningún país de la región hay una mayoría satisfecha. Las mediciones en ALyC para el año 2020 dan como resultado un retroceso, por lo cual la mayoría de los países de la región son considerados como “democracias imperfectas o deficientes”. Solo Costa Rica, Chile y Uruguay son valoradas como “democracias plenas”.
- ▶ En el contexto Covid-19, hay una serie de factores de riesgo para las democracias: la pérdida de independencia del poder judicial, el limitado acceso a la justicia, las restricciones y retrocesos en materia de libertad de expresión y la baja representatividad de los gobiernos elegidos. Será fundamental en los próximos años resolver estos problemas para fortalecer las democracias. Aun así, es pertinente agregar un comentario realizado por el Santo Padre sobre la actual situación de los países de nuestra región: “no hay democracia con hambre, ni desarrollo con pobreza”.
- ▶ Los estados de emergencia dieron lugar a ampliaciones de los poderes ejecutivos, en una región que estructuralmente tiende a ser hiperpresidencialista. La ampliación de las atribuciones con respecto al uso de fondos de emergencia aumenta el riesgo de favorecer medidas populistas en la atención de las consecuencias económicas de la pandemia con el objetivo de ganar apoyo público.

- ▶ Diversas elecciones tendrán lugar este año. En los comicios llevados a cabo en Ecuador, Guillermo Lasso ha sido proclamado ganador de las elecciones. El candidato logró un 52,5% de los votos, frente al 47,5% obtenido por Arauz, muy cercano al presidente Correa⁶. En Perú, los ajustados resultados llevarán a elecciones de segunda vuelta a la candidata Keiko Fujimori (14,5%) y a Pedro Castillo (18,1%), candidatos de extrema derecha y extrema izquierda, respectivamente⁷. En Bolivia, las elecciones de gobernadores resultaron en desventajas para el oficialismo, liderado por Luis Arce
- ▶ Las encuestas de opinión pública elaboradas por el Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG) en marzo de 2021 han tenido resultados contundentes sobre la aprobación o rechazo de los actuales presidentes de Chile, Argentina y Perú. En el caso chileno, el presidente Sebastián Piñera cuenta con un 72,1% de imagen negativa, frente a un 18,1% positiva; en Argentina, el presidente Alberto Fernández tiene un 50,1% de imagen positiva y un 48,8% de imagen negativa; en Perú, un 58,9% de los encuestados tiene una imagen negativa sobre el presidente Francisco Sagasti, frente a un 27,8% positiva.
- ▶ La desigualdad, la corrupción, la violencia, la degradación ambiental y el debilitamiento de las instituciones son una realidad habitual en nuestra región. Para miles de personas, estas situaciones se traducen en violaciones cotidianas a los derechos humanos. América Latina y el Caribe es una de las regiones más peligrosas del mundo en materia de derechos humanos.
- ▶ El 2019 estuvo marcado por protestas multitudinarias a nivel regional, que en su mayoría fueron pacíficas. Las autoridades generalmente recurrieron a la represión,

⁶ Galindo, J. (11 de abril de 2021). Ecuador, entre la vieja polarización y el nuevo descontento.

⁷ BBC News Mundo (12 de abril de 2021). Elecciones 2021 Perú: la ajustada carrera para definir qué candidatos pasan a segunda vuelta.

el uso excesivo de la fuerza y otras violaciones de los derechos humanos. Los grupos más perjudicados por las transgresiones a sus derechos son los migrantes, los movimientos sociales por vivienda, tierra y trabajo, los sectores urbanos y rurales pobres, e incluso los periodistas.

- ▶ La Covid-19 llega a una región en donde los derechos son estructuralmente vulnerables. A las deficiencias que se presentan desde hace años se le suma la necesidad imperativa de garantizar el derecho a la salud para todos los habitantes. El modelo predominante en la región no satisface el derecho a la salud que los Estados garantizan por la ley.
- ▶ Con relación al funcionamiento del Estado en pandemia, también es necesario mencionar la situación de la corrupción, afeción de la democracia que afecta a numerosos países de la región.

Transparency International elabora anualmente el índice de percepción de la corrupción, donde las cifras tendientes a 0 indican un mayor nivel de corrupción, y las cifras que se acercan a 100 indican la inexistencia de corrupción.

En nuestra región, en el año 2020 se evaluaron 32 países, resultando en un promedio de 43/100. Uruguay es la cifra más alta de América Latina y el Caribe con un resultado de 71/100, y Nicaragua, Haití y Venezuela los países con la peor corrupción regional, con resultados entre 10/100 y 20/100.

- ▶ La corrupción está presente en toda actuación contra la Covid-19, desde el soborno en torno a las pruebas, tratamientos y otros servicios sanitarios, hasta la contratación de suministros sanitarios y la preparación frente a emergencias en general.

La corrupción desvía fondos necesarios para la inversión en sanidad, dejando a las poblaciones sin médicos, material sanitario, medicamentos y, en ocasiones, clínicas y hospitales.

Cambios sociales en las relaciones familiares, de género y generacionales

Las nuevas generaciones son las más afectadas por esta cultura del consumo en sus aspiraciones personales profundas. Crecen en la lógica del individualismo pragmático y narcisista, que suscita en ellas mundos imaginarios especiales de libertad e igualdad. Afirman el presente porque el pasado perdió relevancia ante tantas exclusiones sociales, políticas y económicas.

Para ellos, el futuro es incierto. Asimismo, participan de la lógica de la vida como espectáculo, considerando el cuerpo como punto de referencia de su realidad presente... En medio de la realidad de cambio cultural, emergen nuevos sujetos, con nuevos estilos de vida, maneras de pensar, de sentir, de percibir, y con nuevas formas de relacionarse. Son productores y actores de la nueva cultura (51)... Entre los aspectos positivos de este cambio cultural aparece el valor fundamental de la persona, de su conciencia y experiencia, la búsqueda del sentido de la vida y la trascendencia (52).

V Conferencia General del Episcopado latinoamericano, 51,52. Aparecida, 2007

- ▶ El sueño cultural también nos hace considerar los cambios en las relaciones familiares, de género y generacionales. Situaciones antes invisibilizadas hoy toman mayor relevancia, como el género, las relaciones familiares y los cambios en las formas en las que nos relacionamos entre generaciones.



- ▶ La estructura de la familia ha sufrido modificaciones en las últimas décadas: los hogares biparentales se reducen, los hogares extensos incluyen a más miembros de la familia y los hogares monoparentales han ido en aumento. Este incremento es resultado de diversos factores, tales como el mayor número de divorcios, la prolongación del tiempo de soltería y el incremento de las migraciones de miembros de la familia.
- ▶ La Covid-19 impone cambios en el funcionamiento de las familias, que van desde cambios en la cotidianidad debido al período de aislamiento, modificaciones económicas consecuentes de la caída económica, hasta aumento de la violencia intrafamiliar como consecuencia del encierro.
- ▶ La pandemia también nos genera cambios en nuestras relaciones con otras generaciones. Las familias han tenido que separarse de los espacios compartidos con los mayores de edad, para evitar las posibilidades de contagio. Las familias que no conviven tuvieron que adaptarse a la separación, pasando semanas sin ver a sus mayores o limitando el tiempo de visita.
- ▶ La Covid-19 también nos llama a reflexionar sobre los cambios en las relaciones de género. La población que se identifica y reconoce —públicamente o no— alguna orientación sexual o identidad de género no heteronormativa experimenta situaciones de discriminación, violencia y desigualdad. Es un dato para tener en cuenta que en 24 de los 35 países de América no reconocen el matrimonio o la unión civil entre personas del mismo sexo, así como tampoco cuentan con una ley que prohíba la discriminación contra esas personas.
- ▶ El papa Francisco se ha manifestado sobre este tema, mostrando su apoyo a las uniones civiles entre personas del mismo sexo, otorgando una cobertura legal. Las personas con orientación sexual no heteronormativa son un grupo vulnerable a la Covid-19 por ser en algunos países una minoría excluida, que sufre las consecuencias sanitarias y socioeconómicas derivadas de la pandemia.
- ▶ Por último, al mencionar los cambios en nuestra sociedad, también es relevante mencionar la situación de la violencia hacia las mujeres. La realidad de las mujeres está definida por elementos estructurales que interactúan con el género, como los niveles de ingresos, los niveles educativos, el embarazo y la familia, la etnicidad y la raza, así como también factores que son externos, como las desigualdades en los empleos y la violencia a causa del género. En la región, durante la pandemia —debido a las condiciones de aislamiento social— habría aumentado la violencia contra las mujeres y las niñas.



Aporte Teológico-Pastoral

Introducción⁸

Ante el presente diagnóstico de la situación socioeconómica y ambiental en América Latina y el Caribe surge la necesidad de proponer una relectura del mismo en clave teológico-pastoral, desde nuestra confesión de fe en la presencia y obra del Señor resucitador en medio de la complejidad de dichas realidades, impulsando la historia hacia la plenitud del Reino⁹: «Sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (Mt 28, 20).

El objetivo de una mirada discipular misionera a la realidad de nuestro contexto es poder reconocer, con los ojos de la fe, los signos de la presencia misericordiosa del Señor y de sus planes en ella, y poder escuchar sus llamadas a seguirlo y servirlo en dicha realidad. Se trata de descubrir su paso salvífico en y a través de la historia, como cada época vivida lo ha exigido a la comunidad de los creyentes.

El ejercicio de discernimiento evangélico y pastoral sobre la complejidad de los contextos sociales, culturales y ambientales de nuestro continente y en tiempos de pandemia, nos debe revelar hacia dónde se orienta la acción del Señor, crucificado y resucitado, en ellos, y hacia dónde nos está convocando a amarlo y seguirlo como Iglesia latinoamericana y caribeña.

⁸ Este documento fue elaborado por Jaime Mancera Casas y María del Pilar Silveira, integrantes del Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral del Celam.

⁹ Cf. DP 274

Se trata de comprender cómo hacer vida en nuestro territorio, el desafío de la llamada a todos los fieles cristianos a ser una Iglesia en salida, hospital de campaña, promotora de hermandad universal y amistad social, de la cultura del diálogo y del encuentro, de un nuevo pacto educativo para un humanismo solidario, de nuevas formas de construir las relaciones políticas y económicas en armonía con la casa común, secundando la obra del Señor resucitado.

Los datos y los análisis, leídos desde la perspectiva del Evangelio y de la fe, y bajo la guía del Espíritu Santo, nos llevan del conocimiento de la situación a la interpelación a nuestra libertad responsable, al reconocimiento de las llamadas que Dios nos hace para que trabajemos juntos, como comunidad eclesial, por la extensión del Reino en medio de esas circunstancias.

Este discernimiento evangélico se funda en la confianza en el amor de Jesucristo, que siempre e incansablemente cuida de su Iglesia (cf. Ef 5, 29); Él es el Señor y el Maestro, piedra angular, centro y fin de toda la historia humana. Este discernimiento se alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo, que suscita por todas partes y en toda circunstancia la obediencia de la fe, el valor gozoso del seguimiento de Jesús, el don de la sabiduría que lo juzga todo y no es juzgada por nadie (cf. 1 Cor 2, 15); y se apoya en la fidelidad del Padre a sus promesas. (PDV 10)

Las siguientes reflexiones no pretenden, entonces, agotar las posibilidades de discernimientos evangélicos sobre la situación actual. Por el contrario, son una invitación a realizar

muchos ejercicios de discernimiento desde los distintos contextos de nuestra geografía y a compartirlos, para que la voz del Señor resuene desde todos los rincones y nos confirme en lo que está esperando del discipulado misionero frente a la humanidad entera. Pero, sobre todo, que el encuentro dialógico, reflexivo e interpretativo con la realidad, a la luz de la fe, nos lleve a una acción comprometida, sinodal y misericordiosa, de acuerdo con la voluntad del Señor.

La experiencia de la fragilidad humana

Al aproximarnos al diagnóstico de la situación actual en nuestro continente, al leer y releer los datos y los análisis, lo que primero aparece, como ya se ha expresado desde otros ejercicios reflexivos, es la experiencia de la fragilidad humana en todos los niveles.

Experiencia de fragilidad personal, ante la muerte de los seres queridos, los temores del contagio y la forma como se puede perder la vida tan fácilmente. Fragilidad en la capacidad para afrontar las dificultades y mantener la serenidad en medio de las adversidades, y el sentido de vida personal. El aumento de situaciones de descuido del autocuidado, de crisis emocional, de depresión, de ideaciones de suicidio, de estrés postraumático, de agresividad, hablan de este hecho.

Fragilidad en las relaciones interpersonales, familiares y comunitarias. Las cuarentenas decretadas, que han obligado al confinamiento en la casa, al cierre de comercios y empresas, y a la restricción de la vida social cotidiana, han puesto en evidencia la fragilidad de las relaciones familiares que se tienen, la falta de profundidad en la comunicación, la dificultad para afrontar juntos los problemas y construir una convivencia madura. Reacciones de tipo individualista, violencia intrafamiliar y social, insuficiente capacidad para manejar los conflictos, indiferencia o negación de la gravedad de la situación, aparecen con frecuencia.

Y, por supuesto, también la fragilidad de las instituciones y de los modelos que rigen actualmente los distintos sistemas de la vida social. La fragilidad del modelo económico vigente, de la economía de producción y consumo, así como de la economía informal. La fragilidad de las decisiones políticas de los Gobiernos, que se han visto cortos ante la gravedad y extensión de la crisis, sin capacidad suficiente para gestionar el conjunto de la problemática. Fragilidad que pone un fuerte cuestionamiento sobre la legitimidad de estos modelos políticos y económicos vigentes y abre la reflexión sobre la necesidad de pensarnos de otras formas, de una acción más conjunta entre los países y de nuevas maneras de construir las relaciones sociales.

Experiencia de fragilidad que también hemos sentido en el interior de la vida eclesial; de todos los espacios de su vida de comunión y en sus acciones evangelizadoras. Por tanto, una experiencia de fragilidad en todos los campos y niveles de la vida humana, que contrasta con el imaginario de autosuficiencia, de seguridad, de vida y consumo sin límites que nos brindaba la sociedad, sobre todo apoyada en el desarrollo científico, tecnológico y comunicativo.

Pero una experiencia que antes que hundirnos, se ha convertido en una oportunidad para reencontrarnos con la verdad de nuestras vidas, para levantarnos y dar nuevo rumbo a la vida, como lo señaló el papa Francisco: «La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos

nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejé al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos»¹⁰.

Y que, al vivirla, guiados por la fe, nos ayuda a asumir nuestra existencia con mayor realismo y a abrirnos a la experiencia de la presencia salvífica del Señor resucitado en la propia vida.

La experiencia de la presencia salvífica del resucitado

El diagnóstico presentado y que nos muestra la crisis social, cultural, económica, ambiental y política que estamos viviendo, nos habla por tanto de muchas víctimas, hermanos y hermanas, que están padeciendo los impactos negativos de esta situación, y que con seguridad son sujetos de atención del Señor resucitado, que nos ha mostrado su opción por aquellos que sufren, por aquellos que más experimentan su propia fragilidad como consecuencia de las injusticias. De ahí que ellos nos remitan a la confesión de la presencia del Señor en medio de las luces y sombras del momento que vivimos.

Reconocemos a Jesús resucitado haciéndose cercano y compasivo con tantas víctimas de estas crisis, con tantas personas en situación de sufrimiento, cargando con sus cruces y la de sus familias: enfermos y sobre todo aquellos no bien atendidos, sin acceso o excluidos de los servicios de salud; familias que han perdido a sus seres queridos por causa de la pandemia; desempleados, trabajadores informales, o quienes han perdido sus empleos; los migrantes, desplazados y víctimas de los desastres naturales; personas que han entrado en depresión, en crisis nerviosas, en ideas de suicidio; familias heridas o separadas por causa de la violencia en sus

¹⁰ Papa Francisco, *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia, viernes 27 de marzo de 2020.*

relaciones, etc. Una presencia mediada por tantos que se han compadecido y han escuchado, se han acercado, han dado una mano. O por aquellos que han cumplido con su trabajo, como médicos, enfermeras, personal sanitario, empleados públicos, personal de la Policía y el Ejército y personal de abastecimientos.

Cercano a tantos que son víctimas de un sistema económico que solo promueve la búsqueda del lucro y la acumulación de dineros, al margen de la dignidad humana, del bien común, del cuidado de la casa común, y que termina convirtiendo a las personas en objetos de explotación, de manipulación para la obtención de los fines materiales particulares.

Cercano al clamor de la tierra, ante las acciones de devastación, de extractivismo sin límites, de tala de árboles en la Amazonía y otros lugares, ante las acciones contaminantes del agua y del mal manejo de los residuos sólidos, ante el cambio climático.

Reconocemos a Jesús resucitado suscitando en muchos la compasión y el compromiso de la caridad, que ha mitigado de diversas maneras el impacto de la pandemia. Promoviendo iniciativas y una red de solidaridad que ha complementado los esfuerzos de los Gobiernos ante los impactos de la pandemia, esfuerzos que han sido insuficientes para atender todas las necesidades. Suscitando pequeñas iniciativas que han ayudado a sobrevivir a muchas familias en medio de la crisis, que han sostenido la esperanza en muchos. Hechos que por supuesto no tienen cifras ni aparecen en los periódicos, o noticieros.

Reconocemos a Jesús resucitado haciendo consciente a muchos de las crisis humanitarias que existen y no han sido atendidas, de los graves efectos negativos que están causando los modelos económicos vigentes, las decisiones políticas tomadas sin considerar la verdad de las situaciones y la manera como todo está conectado. Nos ha ayudado a tomar conciencia de la falta de garantías para el ejercicio y satisfacción de muchos derechos fundamentales, desde antes

de la pandemia. Como un periodista lo señalaba: “Nos hemos enterado de que no había ni una sola unidad de cuidados intensivos en muchas partes de nuestro país”. Conciencia que empieza a mover corazones y procesos de cambio. Pequeños, como la semilla de mostaza, pero que pueden crecer y llegar a ser fuente de grandes transformaciones.

El Señor resucitado, sobre todo a través de la **acción profética del papa Francisco**, ha generado una conciencia crítica frente a la gravedad de los problemas que estamos afrontando y frente a la necesidad y posibilidad de emprender acciones de cambio, estructurales y concretas, institucionales, comunitarias y personales, para hacer de esta crisis una oportunidad, a fin de elegir salir mejores, y de hecho lograrlo juntos; para ello, despierta en muchos actitudes y gestos de esperanza, que se convierten en un viento fresco en medio de las situaciones de depresión, tristeza, escepticismo que abundan en estos tiempos, particularmente en los niños y en los jóvenes.

Nos dice el papa Francisco:

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza. Abrazar su cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del

tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que solo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza¹¹.

La Iglesia y su servicio al mundo contemporáneo

La experiencia del resucitado y el clamor de las víctimas nos interpela y llama al compromiso de toda la Iglesia, en su vida de comunión y en su misión evangelizadora. La Iglesia, como pueblo de Dios, se reconoce también solidaria con todos los pueblos y su historia, y llamada a compartir gozos, esperanzas, tristezas y angustias (cfr. GS1), por eso los datos que nos presentan una situación particularmente compleja y dramática nos invitan a reflexionar, en nosotros como creyentes, en lo que hemos hecho y en lo que podemos hacer, en lo que el Señor espera de nosotros en este momento. Muchas pueden ser las interpelaciones, pero siguiendo el criterio de la *Gaudium et Spes*, podemos agruparlas, reconocerlas, entenderlas desde estas tres aproximaciones:

Las situaciones descritas y analizadas que se han presentado reflejan en primer lugar, y de muchas maneras, el desconocimiento e irrespeto de la dignidad humana, de su sentido sagrado e inalienable, de su carácter relacional y en armonía con la creación, tal como Cristo nos lo ha revelado. Sin

¹¹ Papa Francisco, *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia*, viernes 27 de marzo de 2020.

duda, está ausente, o de manera insuficiente, en los criterios que actualmente rigen el desarrollo económico en todos sus niveles, de las decisiones políticas, de las decisiones que promueven el avance científico y tecnológico, así como de las relaciones de convivencia, generando una crisis de humanidad en sus mismos fundamentos, y también con repercusiones culturales. Una pérdida del sentido de la dignidad humana que ha generado aumento de la violación o insuficiente garantía de los derechos humanos, una indiferencia o tolerancia ante las graves desigualdades sociales, la falta de condiciones para generar empleos decentes, el empobrecimiento generalizado de las mayorías, y las dinámicas de exclusión, segregación y marginalización que muchos padecen. También son expresión de esta carencia del sentido de la dignidad humana el incremento de las violencias: intrafamiliar, de género, contra niños y niñas, en la convivencia y, por supuesto, las violencias estructurales identificadas en el diagnóstico.

En segundo lugar, nos interpela y genera muchos interrogantes reconocer la ausencia de un horizonte de bien común, de un principio social de bien común compartido por muchos¹², que guíe los discernimientos, las decisiones y acciones en los distintos ámbitos de la vida social y los ponga al servicio de todos por igual. Por el contrario, se ve la desarticulación a la hora de abordar los problemas y de generar las acciones, la primacía de los intereses particulares, las visiones incompletas de desarrollo, a pesar de tener como norte los Objetivos del Desarrollo Sostenible. Los problemas alcanzan todos los ámbitos y espacios de la vida social y se complican por la presencia de la corrupción. La persistencia de la desigualdad económica y social, así como el aumento de la pobreza y la pobreza extrema, son indicadores que hablan de la ausencia de un bien común y nos remiten a la concentración de bienes en unos pocos, frente a una gran mayoría que apenas tiene posibilidades de satisfacer sus necesidades básicas.

¹² Cf. Pontificio Consejo Justicia y Paz, «El principio del bien común», en Compendio de la doctrina social de la Iglesia (2004) Nos. 164-170.

La insuficiente cobertura en salud para muchos, así como las limitaciones para acceder a una educación de calidad, agravadas por la brecha en la conectividad a la internet, que se ha visibilizado en este tiempo de pandemia, son una muestra de cómo no hay un criterio de bien común en las decisiones de los Gobiernos a la hora de garantizar estos derechos fundamentales. Y por supuesto, sin este criterio en la cultura democrática, no hay interés por los adultos mayores, ni por los pueblos originarios, ni por los migrantes y desplazados, ni por las personas en situación de discapacidad, o con habilidades especiales, ni por los campesinos, ni por las personas con consumos problemáticos. Tampoco hay lugar para el interés por las implicaciones ambientales de los modelos económicos y de las costumbres que se han afianzado en la población y que afectan la armonía de la convivencia humana en y con la casa común.

En tercer lugar, surgen preguntas: ¿Por qué hemos llegado hasta aquí? ¿Qué nos ha pasado para que hayamos llegado hasta esta situación tan crítica de crisis humanitaria y social? ¿Qué sentido se le ha dado a toda la actividad humana que hay detrás de esas cifras y análisis? ¿Hacia dónde vamos si seguimos igual, si nada cambia? ¿Cuáles son los horizontes e ideales que más peso tienen a la hora de tomar decisiones y de llevar a cabo las acciones en la vida social?

Y por supuesto, surgen las preguntas hacia la Iglesia, hacia nosotros como comunidad discipular misionera y sobre la manera como hemos llevado a cabo nuestra misión evangelizadora: ¿qué hicimos o qué no hicimos para que estas situaciones de crisis se estuvieran presentando?, ¿cuál es nuestra parte de responsabilidad, como sujeto social que somos, en estas circunstancias descritas? Preguntas que cada uno nos debemos hacer a nivel personal y a nivel de parroquias, de congregaciones de vida consagrada, de movimientos y asociaciones de fieles laicos, de iglesias particulares y como Iglesia continental.

Pero, sobre todo, más que centrar la atención en una mirada hacia el pasado, el momento de crisis y las interpelaciones que nos hace el texto que la describe, nos lanzan a pensar en el futuro. En la actitud como queremos afrontar esta crisis. Dice el papa Francisco: «En las pruebas de la vida se revela el propio corazón: su solidez, su misericordia, su grandeza o su pequeñez... Pero cuando pasas por una crisis, ocurre lo contrario: te pone ante la necesidad de elegir. Y al elegir, se revela tu corazón. Pensemos en lo que ocurre en la historia. Cuando el corazón de la gente se pone a prueba, las personas toman conciencia de lo que las estaba frenando. También sienten la presencia del Señor, que es fiel y responde al clamor de su pueblo. El encuentro que se logra nos plantea la posibilidad de un futuro nuevo»¹³.

Palabras que se convierten en una invitación a abrazar la cruz confiados en que lo que viene de esta crisis es vida nueva y, por tanto, antes que replegarnos, hay que salir al encuentro para servir a los demás y así suscitar el cambio posible, que solo nacerá de la compasión y el servicio¹⁴.

Y es precisamente en estos aspectos que reconocemos como transversales a todas las manifestaciones de la crisis en los que la Iglesia reconoce su mayor aporte al mundo. El sentido de la dignidad humana, el sentido de la comunidad humana y el bien común, y el sentido de la actividad humana en su legítima autonomía, son los espacios de diálogo y mayor encuentro y enriquecimiento mutuo, entre la Iglesia y el mundo, como lo reconocían los obispos en el Concilio¹⁵.

Dice el Concilio: *Al buscar su propio fin de salvación, la Iglesia no solo comunica la vida divina al hombre, sino que además difunde sobre el universo mundo, en cierto modo, el reflejo de*

¹³ Papa Francisco, *Soñemos juntos. Un camino a un futuro mejor*, Penguin Random House Grupo Editorial, Bogotá, 2020, p. 1.

¹⁴ Cf. *Ibid.*, p. 2.

¹⁵ Cf. *GS 40*.

*su luz, sobre todo curando y elevando la dignidad de la persona, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profundos. Cree la Iglesia que, de esta manera, por medio de sus hijos y por medio de su entera comunidad, puede ofrecer gran ayuda para dar un sentido más humano al hombre a su historia*¹⁶.

Por tanto, esta situación crítica, antes que apartarnos, nos confirma en la importancia de la misión que estamos llamados a realizar en medio de ella.

Dice también el papa Francisco: *Los corazones han sido puestos a prueba. La crisis ha suscitado en algunos coraje y una compasión nuevos. Algunos han sido zarandeados y han respondido con el deseo de reimaginar nuestro mundo, otros buscaron socorrer con gestos bien concretos las penurias de tantos capaces de transformar el dolor de nuestro prójimo. Esto me llena de esperanza en que podemos salir mejores de esta crisis. Pero necesitamos ver claro, elegir bien y actuar en consecuencia*¹⁷.

Horizontes y claves para la acción

Son muchos los frentes de acción que requieren un trabajo conjunto en el interior de la Iglesia, en espíritu de sinodalidad, así como en diálogo interdisciplinar y transdisciplinar con el mundo. También se requiere de una acción diferenciada entre los niveles de la vida social: el nivel personal, el nivel familiar y comunitario, el nivel social, el nivel estructural.

Es por eso que se ve la necesidad de mantener unos horizontes comunes y unos criterios generales que permitan mantener la unidad en la diversidad de espacios y niveles de acción. Estos horizontes son:

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Papa Francisco, *Soñemos juntos*, o.c., p. 8.

Llamados a promover la fraternidad universal y la amistad social en nuestra casa común

El ser humano, creado por Dios amor, encuentra su plenitud en la entrega sincera de sí mismo a los demás a través del amor expresado de diversas formas creativas. El deseo de Dios es construir una sola familia donde reine el espíritu fraterno, respetando la igual dignidad de cada ser humano que habita en la casa común.

La pandemia ha demostrado que este sueño de Dios se ha roto en pedazos (FT 10-14), como lo demuestran los datos del diagnóstico sobre la compleja crisis socioambiental que estamos viviendo. Estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales y debilita la dimensión comunitaria de la existencia (FT 12). Los desastres en los ecosistemas, las afectaciones en la salud humana y los impactos en la economía y finanzas son las aristas de una misma crisis. Por eso es necesario pasar de una cultura del descarte a una cultura del cuidado. Se requiere un cambio sistémico. Todo está entrelazado.

La Iglesia, como buena samaritana, tiene una gran tarea mostrando con el testimonio de amor misericordioso y con un liderazgo de influencia a nivel nacional e internacional su opción por el cuidado de la vida humana en todas sus expresiones, en especial la vida de los más pobres.

Son muy actuales las palabras de GS 27: “En nuestra época principalmente urge la obligación de acercarnos a todos y de servirlos con eficacia cuando llegue el caso, ya se trate de ese anciano abandonado de todos, o de ese trabajador extranjero despreciado injustamente, o de ese desterrado, o de ese hijo ilegítimo que debe aguantar sin razón el pecado

que él no cometió, o de ese hambriento que recrimina nuestra conciencia recordando la palabra del Señor: Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis (Mt 25,40)”.

Francisco nos invita a acoger y valorar a todas las personas más allá de las fronteras regionales, sin exclusión de raza, religión, capacidades, sexo, y defender los derechos fundamentales a la salud, vivienda, trabajo, educación, alimentación, entre otros. “Todo ser humano tiene derecho a vivir con dignidad y a desarrollarse integralmente, y ese derecho básico no puede ser negado por ningún país” (FT 107). Es decir que urge continuar con la defensa de la dignidad humana en toda su diversidad buscando el bien común, principios que desarrolla la Doctrina Social de la Iglesia (DSI): “No hablamos solo de asegurar a todos la comida, o un ‘decoroso sustento’, sino de que tengan prosperidad sin exceptuar bien alguno. Esto implica educación, acceso al cuidado de la salud y especialmente trabajo, porque en el trabajo libre, creativo, participativo y solidario, el ser humano expresa y acrecienta la dignidad de su vida. El salario justo permite el acceso adecuado a los demás bienes que están destinados al uso común” (EG 192).

Los cristianos estamos invitados a buscar modelos económicos y sociales inclusivos en un mundo globalizado que respete la originalidad y diferencias culturales regionales. “De nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad” (EG 186). Nuestros esfuerzos deben incluir a las periferias, con sus diversos rostros. Una de las maneras de responder es a través del trabajo en redes, junto a diversas organizaciones sociales unidas por un objetivo común fortaleciendo la tarea educativa y la lucha contra las causas estructurales de la pobreza y la desigualdad. Es una tarea constante, “mientras nuestro sistema económico y social produzca una sola víctima y haya una sola persona descartada, no habrá una fiesta de fraternidad universal” (FT 110).

Los indicadores que describen la situación socioeconómica y ambiental de América Latina y el Caribe, deben ser interpretados en clave de una cultura de la muerte prematura

y a la vez, con el apremiante reto de gestar una cultura de la vida. El movimiento “Economía de Francisco” con sus doce aldeas o villas y el Pacto Global Educativo, responden a la vivencia de la samaritanidad, que es la respuesta evangélica a los clamores de la Hermana Madre Tierra y los pobres.

Los siete Objetivos de *Laudato si'* (OLS) previstos en la Plataforma de Acción *Laudato si'* conectan la acción eclesial con la Agenda 2030 y sus Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Allí se precisa que la ecología integral incluye la respuesta a dichos clamores, pero también la promoción de un nuevo estilo de vida, una economía ecológica, una educación ecológica que salte a una espiritualidad ecológica y una incidencia política ciudadana buscando el bien común. Siete OLS que, sinérgicamente, pueden impulsar el jubileo en nuestra querida casa común, al implementarlos durante los próximos siete años.

Tenemos como desafío una “recuperación justa” desde la urgente gestión ante la “emergencia climática” y la consideración de factores involucrados en el poliedro eclesial. El grupo de trabajo establecido por el Vaticano para enfrentar la pandemia y empujar la humanidad hacia un escenario postpandemia en el cual “*Fratelli Tutti*” cantemos “*Laudato Si'*” en todas las “queridas” amazonias del planeta, nos sirve de inspiración para hacer que amanezca la palabra.

Llamados a promover la cultura del encuentro en medio de los conflictos

En nuestras sociedades (pp. 101 a 104) hay muchos desencuentros que crean conflictos. Es sabido que a lo largo de la historia “surgen inevitablemente los conflictos de intereses entre diversos grupos sociales y que frente a ellos el cristiano no pocas veces debe pronunciarse con coherencia y decisión”.

Ante el desafío de desarrollar una verdadera cultura democrática (p. 100), contamos con una Iglesia que ha colaborado en la conformación del mosaico cultural de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños. En este momento histórico podemos aportar diseñando “una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones (cfr. EG 239).

Francisco nos invita a construir la “cultura del encuentro”, que es un arte que tiene como sujeto y protagonista al pueblo que transmite con entusiasmo su forma de vivir y estilo de vida. Es capaz de tender puentes, incluyendo a todos (cfr. FT 216). Entendiendo por pueblo una identidad común hecha de lazos sociales y culturales (Cfr. FT 157). Parte del principio de reconocer al otro como distinto, ejercitando un trato amable y solidario, saliendo a su encuentro en las diversas situaciones de la vida.

La búsqueda de la verdad nos dignifica y hermana con una sociedad herida por las mentiras que corrompen y dividen. Una propuesta es partir de lo que nos une como sociedad diversa, multicultural, en este caso el deseo de superar la pandemia y los problemas estructurales no resueltos en nuestros países favoreciendo el bienestar colectivo. Contamos con una reserva moral que guarda valores de auténtica fe y humanismo cristiano que se encuentra en el sustrato de fe cristiana manifestado en la religiosidad popular. “Una cultura popular evangelizada contiene valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente, y posee una sabiduría peculiar que hay que saber reconocer con una mirada agradecida” (EG 68). Solidaridad que estamos viendo durante esta pandemia y que se expresa en miles de iniciativas de ayuda solidaria con las personas más vulnerables:

La pandemia nos da la oportunidad para manifestar nuestra esencia fraterna, pues estamos todos en el mismo barco y “nadie se salva solo, únicamente es posible salvarse juntos” (FT 32). El amor al prójimo nos impulsa a actuar ante las urgencias

humanitarias asumiéndolas con corresponsabilidad, para generar nuevos procesos transformadores, siendo parte activa en la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas. “No tenemos que esperar todo de los que nos gobiernan” (cfr. FT 77). Nos toca alimentar lo bueno y ponerlo al servicio del bien común. Cuando nos hacemos cargo de lo que nos corresponde, asumiendo el dolor o la impotencia, descubrimos todo lo bueno que ha sembrado Dios en el corazón humano.

La construcción de la cultura del encuentro necesita superar las dialécticas con un estilo de vida que busca el bien común y la paz social sin perder la identidad de cada uno, así lo explica Francisco en EG 217-237. Esta misma propuesta la sintetiza en FT 215 diciendo: “El poliedro representa una sociedad donde las diferencias conviven complementándose, enriqueciéndose e iluminándose recíprocamente, aunque esto implique discusiones y prevenciones. Porque de todos se puede aprender algo, nadie es inservible, nadie es prescindible. Esto implica incluir a las periferias. Quien está en ellas tiene otro punto de vista, ve aspectos de la realidad que no se reconocen desde los centros de poder donde se toman las decisiones más definitivas”.

La búsqueda de soluciones a los problemas es una oportunidad para unir fuerzas en un objetivo común, integrando los diversos puntos de vista. Esta práctica implica flexibilidad y no rigidez, amplitud de mente y corazón sabiendo que existen diversos caminos que conducen al mismo objetivo.

Llamados a ser artesanos de la paz uniendo esfuerzos con otros

Desde el Vaticano II se pone el acento en edificar la paz (GS 83) sin olvidar que “la inequidad y la falta de un desarrollo humano integral no permiten generar paz” (FT 235). Esto nos desafía a defender políticas que contribuyan a la igualdad de oportunidades en especial a los más pobres, para que no surjan nuevos conflictos sociales.

Jesús, que es la paz en persona (cf. Ef 2,14), nos llama a todos los bautizados a ser instrumento de paz y testimonio creíble de reconciliación. Por eso contamos con el testimonio vivo de nuestras comunidades eclesiales que practican el perdón y la reconciliación, mostrando que es posible la no violencia frente a una sociedad dividida y polarizada por los conflictos (cfr. EG 99-100). Este tipo de testimonio atrae, convence y muestra que la unidad es superior al conflicto. Así se van gestando espacios de amistad social donde se recrean nuevas relaciones interpersonales.

Francisco nos invita a ser “artesanos de paz, creadores de nuevos caminos de paz para ayudar a cicatrizar las heridas, generando procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia” (FT 225).

El arte de construir la paz y promover la justicia es un compromiso constante en el tiempo que como Iglesia que trabaja junto a diversas instituciones, no puede olvidar, al igual que la defensa de los más pobres (cfr. CA 58). Consiste en colaborar en todo el proceso que requiere “un trabajo paciente que busca la verdad y la justicia, que honra la memoria de las víctimas y que se abre, paso a paso, a una esperanza común, más fuerte que la venganza” (FT 226). Con nuestra vida entregada, proclamamos “el evangelio de la paz” (Ef 6,15) dispuestos a colaborar con las autoridades nacionales e internacionales para cuidar este bien universal tan grande. En especial colaborando en la protección y cuidado de las víctimas de la violencia de género creando mecanismos de denuncia y prevención para los diversos tipos de abusos, especialmente los que viven las mujeres pobres (pp. 120 y 121).

El bien común es una construcción dinámica, ya que lograr consensos respetando la verdad de la dignidad humana, es un camino basado en la práctica del diálogo. Francisco da algunas pautas para el diálogo y la amistad social en FT 198: “Acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, todo eso se resume en el verbo “dialogar”. Para encontrarnos y

ayudarnos mutuamente necesitamos dialogar". El respeto y la disposición a la escucha del punto de vista del otro es la base fundamental¹⁸. La base de este proceso está en el amor fraterno que traspasa las fronteras y busca integrar, sin descartar.

Este ejercicio requiere práctica de dentro hacia fuera, de lo personal a lo comunitario, de la familia hacia la sociedad, de lo nacional a lo internacional. Nos compromete como Iglesia a ser educadores de la paz colaborando en la formación de ciudadanos responsables, dialogantes y solidarios en las distintas etapas de la vida.

Llamados a promover una política de hermandad, responsable, solidaria, amiga de los pobres

Sabemos que en el diálogo con el Estado y con la sociedad, la Iglesia no tiene soluciones para todas las cuestiones particulares¹⁹, pero sí puede proponer valores fundamentales de la vida humana y convicciones que pueden traducirse en acciones políticas (cfr. FT 241).

Cuando se habla de "decadencia de la democracia representativa y del cansancio del modelo económico que produce desigualdades" (p. 104), tenemos varias alternativas:

¹⁸ En CTI.S 4.3. *La escucha y el diálogo para el discernimiento comunitario, encontramos algunos lineamientos que podemos poner en práctica*

¹⁹ *El diagnóstico detalla datos sobre la debilidad de la democracia, los derechos humanos, el crimen organizado y la corrupción (pp.101 a 115).*

1. *Recuperar el contenido del término popular-pueblo, desvalorizado y desgastado por un mal uso. De esa forma se comprenderá el sentido y el valor de la democracia como el "gobierno del pueblo" (FT 155a162) y con el pueblo.*
2. *La Iglesia, respetuosa de la legítima autonomía del orden democrático, puede fortalecer el Estado de derecho donde los tres poderes —Legislativo, Ejecutivo y Judicial— son independientes y equilibrados. De esta forma garantiza la defensa de los derechos inalienables de los ciudadanos.*
3. *Continuar con las denuncias a las violaciones de los derechos humanos en países que se han alejado del modelo democrático.*
4. *Colaborar en la reforma de las instituciones del Estado superando los vicios de corrupción y las ineficiencias.*
5. *Promover una "sana política" con visiones amplias, con un replanteo integral, incorporando en un diálogo interdisciplinario los diversos aspectos de la crisis producida por la pandemia (FT 177).*
6. *La política es vocación de servicio, diaconía laical que promueve la amistad social para la generación de bien común. Se necesita formar laicos con base en la DSI. Recuperar el amor fraterno, en especial la ternura en la política, expresada en acciones concretas, cercanas, solidarias privilegiando a los pobres. "La ternura es el camino que han recorrido los hombres y las mujeres más valientes y fuertes» (FT 194).*
7. *Promover leyes que defienden la vida en todas sus expresiones, desde su concepción hasta la muerte digna de las personas.*
8. *Promover leyes antidrogas y narcotráfico que afectan a las poblaciones más vulnerables.*
9. *Promover políticas sociales que tengan como objetivo principal a la familia, ayudándola mediante la asignación de recursos materiales y educativos para la formación de los hijos y la atención de los ancianos, evitando su alejamiento del núcleo familiar y consolidando las relaciones entre las generaciones.*
10. *Favorecer leyes salariales que protejan el trabajo sin discriminar sexo, raza o religión, protegiendo los derechos y la dignidad de las personas.*

11. *Comprometerse con la defensa de la dignidad y derechos de las mujeres teniendo en cuenta que «doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia, porque frecuentemente se encuentran con menores posibilidades de defender sus derechos» (FT 23).*

Ante los desastres económicos producidos por la pandemia, Francisco afirma que es oportuno pensar creativamente una economía integrada en un proyecto político, social, cultural y popular que busque el bien común para abrir camino a oportunidades diferentes (FT 178).

La noción de recuperación no puede contentarse con una vuelta a un modelo de vida económica y social desigual e insostenible, en el que una exigua minoría de la población mundial posee la mitad de la riqueza²⁰. Insiste en una economía solidaria que tenga en cuenta a los más pobres, reduciendo la deuda externa.

Llamados a promover un nuevo pacto educativo para un humanismo solidario

Todas las crisis nos dan la oportunidad de crecer y de sacar beneficios para la construcción de un mundo más humano, solidario, inclusivo, respetuoso de la casa común.

Esto solo será posible si se realiza un nuevo pacto educativo mundial y local que forme en un humanismo solidario, en una nueva manera de entender y vivir la condición humana, desde la hermandad universal, la compasión y la solidaridad activa.

²⁰ *Francisco, Carta del santo padre Francisco a los participantes en las reuniones de primavera 2021 del grupo Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, 5-11 de abril 2021, disponible en http://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2021/documents/papa-francesco_20210404_lettera-banca-mondiale.html?fbclid=IwAR1jYvV7sQXf8otNDkzE0W7NGCmc1oYkZdnYHMBq-VviIWjncsKZ6Yiy5UI*

Una educación que enseñe a valorar la Vida, porque la VIDA es más fuerte que todas las amenazas de muerte, es un don, un regalo y nos concientiza de que somos seres temporales. Que nos ayude a ser más humanos, sensibles, capaces de aceptar nuestra vulnerabilidad, necesitados del cuidado de otros y capaces de cuidar a otros, aumentando el sentido de responsabilidad. “Si me cuido, cuido a otro(a)”. Conciencia colectiva del cuidado.

También este es un tiempo para cultivar la fe, abrimos y buscar respuestas profundas: ¿Dónde está Dios en esta pandemia? ¿Qué sentido tiene la vida? ¿Cómo vivir plenamente el tiempo que me toca vivir? ¿Qué significan la vida eterna y la comunión de los santos?

El confinamiento nos ha dado la oportunidad de estar en soledad, de mirarnos interiormente y cambiar actitudes, maneras de relacionarnos. De estar “afuera de” a estar “dentro” de nosotros mismos.

También, de ejercitar la paciencia, que es la primera característica del amor según Pablo (1Cor. 13,4) y la segunda característica es el servicio. Quien ama es paciente y servicial, capaz de soportar situaciones propias o de los demás, sin resignarse, en tensión hacia una solución que muchas veces no depende solo de nuestras acciones.

Valorar lo esencial que necesitamos para vivir, de nada vale acumular cosas materiales si no tenemos salud, por lo cual ponemos en el justo lugar el valor de las cosas, personas, naturaleza, animales, la vida en todas sus expresiones. Podemos perder todo, pero si tenemos vida, podemos recomenzar, y se abren caminos de esperanza.

El confinamiento ha hecho que se valore a la familia, al hogar como la iglesia doméstica donde se convive, celebra, trabaja, se vive la vida cotidiana y se transmite la fe. Esto ha hecho posible que se ejercite el diálogo en nuestras familias, creamos espacios donde es posible practicar la cultura del encuentro reconociendo al otro.

El distanciamiento nos ha hecho valorar y añorar el contacto físico, el abrazo, la cercanía, el compartir cara a cara, el tocar, el comer juntos, celebrar. Esta realidad no se ha sustituido por los encuentros virtuales que, si bien nos comunican, no sustituyen al otro, a la otra en su ser y estar, en su presencia corporal, física.

También los frutos de vivir este tiempo de “ayuno” de la Eucaristía en muchas zonas donde solo se celebran *online*, ha hecho que tomemos conciencia sobre la comunión espiritual encontrando al Señor en su Palabra (SC 6). Esta es como el cuerpo del Señor que nos alimenta y da vida. Nos ha hecho comprender a las comunidades que no tienen sacerdotes y que se mantienen unidas en la fe, por laicos que viven de manera adulta su fe.

Ha resurgido la experiencia de amar hasta dar la vida, como una realidad global que la vemos en tantos testimonios de médicos y personal de salud, como de sacerdotes y religiosos (as) que han dado su vida atendiendo a los enfermos.

Un fruto del “ayuno de contacto físico” ha sido la creatividad de muchas maneras de encontrarse virtualmente. Las personas se han capacitado para usar internet, especialmente las personas mayores, para poder comunicarse y compartir con su comunidad. Vemos multitudes de iniciativas *online* de vigiliias, misas, rosarios, peregrinaciones, de todo tipo de acciones para manifestar la fe.

Es una manifestación de responsabilidad de los bautizados como sujetos activos en la construcción de la Iglesia. Las personas se están identificando con comunidades virtuales internacionales donde se reúnen para reflexionar, dialogar, crecer en la fe. La virtualidad nos ha unido rompiendo las fronteras y los límites territoriales.

La pandemia resucita la esperanza de que podamos contagiarnos de un amor profundo hacia cada persona, con la que formamos una familia viviendo en la única casa común de la que todos somos responsables de su cuidado y protección.

Aprovechemos que: “En este mundo globalizado ‘los medios de comunicación pueden ayudar a que nos sintamos más cercanos los unos de los otros, a que percibamos un renovado sentido de unidad de la familia humana que nos impulse a la solidaridad y al compromiso serio por una vida más digna para todos. [...] internet puede ofrecer mayores posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos; y esto es algo bueno, es un don de Dios’ (FT 205).

Para continuar el diálogo

Como se ha señalado, en el esfuerzo de reconocer la presencia del resucitado en medio de esta crisis, las palabras y gestos del papa Francisco han tenido un carácter profético, que abren horizontes y nos lanzan hacia adelante con esperanza.

Más que para terminar este ejercicio teológico-pastoral, llaman la atención unas palabras del papa Francisco para continuar el diálogo:

«Nos podemos preguntar: ¿Ahora qué tengo que hacer? ¿Cuál podría ser mi lugar en este futuro y cómo hago para hacerlo posible? Dos palabras me vienen a la mente: descentrarse y trascender (...) Me gusta la imagen del peregrino, aquel que se descentra y puede trascender. Sale de sí mismo, se abre a un nuevo horizonte, y cuando vuelve a casa ya no es el mismo, por lo tanto, su casa ya no será la misma. Es tiempo de peregrinación.»²¹

²¹ papa Francisco, *Soñemos juntos, o. c., p. 139.*

Ante el presente diagnóstico de la situación socioeconómica y ambiental en América Latina y el Caribe surge la necesidad de proponer una relectura del mismo en clave teológico-pastoral, desde nuestra confesión de fe en la presencia y obra del Señor resucitador en medio de la complejidad de dichas realidades, impulsando la historia hacia la plenitud del Reino: «Sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (Mt 28, 20).

El objetivo de una mirada discipular misionera a la realidad de nuestro contexto es poder reconocer, con los ojos de la fe, los signos de la presencia misericordiosa del Señor y de sus planes en ella, y poder escuchar sus llamadas a seguirlo y servirlo en dicha realidad. Se trata de descubrir su paso salvífico en y a través de la historia, como cada época vivida lo ha exigido a la comunidad de los creyentes.



EDITORIAL **CELAM**

Carrera 5 N° 11 8- 31
PBX (571)587 9710 Exts. 307/345/351
editora@celam.org
eventas@celam.org
elibreria@celam.org
Bogotá, D. C., Colombia